Hisp

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVI | San José, Costa Rica **1939** Sábado 25 de Marzo | Núm. 12

Año XX — No. 868

GRADUATE ... APR 27 1939 PERIODICAL DIVISION

En este número:

Don Gonzalo Jiménez de Quesada en París.. *Darío Achury Valenzuela*
Para el banquete a Daniel Cossío.......... *José Moreno Villa*
Cuadritos.............................. *Guiomar*
Consultas a la ignorancia.............. *Samuel Arguedas*
Contraste..............................
Vigile el padre los estudios........... *Fraco. González del Valle*
La tragedia de Nilse.................. *R. Brenes Mesén*
Fragmentos............................. *Luis López de Mesa*
Una tarde con Gabriela Mistral......... *Berta Arocena*
Tablero..............................
Para que se rasque..................... *Víctor Lorz*
Habla un Presbítero irónico?...........
Atando cabos...........................
Cigarrillos............................
Cristobal Colón no puede ser canonizado.... *Enrique Labrador Ruiz*
Dos poetas nuevos de Colombia: *Arturo Camacho Ramírez y Jorge Artel*
Erase una vez........................
El gallito de cresta de oro............ *Afanásiev*
La pobre vieja y el pez en seco........

Menosprecio de corte

Fatigado nuestro hidalgo de andar a lumbre de estrellas y rebosándole pesadumbre el corazón, se acoge al amoroso silencio y descanso en su aposento. Destócase el sombrero de candil, desciñese la tizona, deshácese del oscuro herreruelo, desnúdase las manos de los pesados guanteletes, tantea en la oscuridad y castigando su pedernal saca llama a una lámpara antigua y devota.

Lo vemos ahora con los codos apoyados sobre una mesa de tosco roble, hundidas las tostadas manos en la pelambre de la barba sombría, la boca sensual contraída en un gesto que denota desdén, un livor de cansancio rodea sus ojos de calentura, emboscada la mirada —casi húmeda de lágrimas— y la amarga ceniza de las primeras canas en el cabello acerado.

Hondas cavilaciones traen desasosegado al caballero que no le encuentra a su pena lado blanco ni a su cólera agua de apaciguamiento, pues cólera y pena le están sobresaltando los pulsos de su corazón que ya no le cabe dentro del ceñido jubón de terciopelo y le agita, intercadente, la blanca espuma de la gorguera. Por los pasillos del alma le vagan los recuerdos y a ellos quiere asirse su mirada interior; rumores del Genil y del Darro, fragancia del naranjal, jardines del Generalife, pausado llanto del agua en los surtidores de la Alhambra, sombras de mujeres en la calle de la Elvira, viento norte que dora las carnes de Granada y viento sur que sacude en la superficie las hojas del olivar y en las entrañas de la tierra los huesos amojamados de sus abuelos.

La luz mortecina de la lámpara aprisiona con su dedos sutiles una lágrima que resbala como gota de dolor sobre la atenuada faz del Caballero. La misma pena honda le sigue labrando los cauces y meandros del alma. Hasta allí, hasta aquel olvidado rincón de la corte le llegan, como espadas de dolor, las voces de sus bravos capitanes: voz ronca de Gonzalo Suárez Rendón, voz de bronce de Juan de San Martín, voz clara —con algo de reproche— de Lázaro Fonte, voz amada, con timbre de carillón, de Antonio Díaz Cardozo y, finalmente, voz mística del cordobés que renunció a las flacas vanidades de la carne y a quien el mundo llamara Pedro Fernández de Valenzuela, gran capitán. De lo hondo de este recuerdo se levantan las sombras de sus rodeleros, de sus alféreces, de sus 700 soldados y de sus 80 caballos que vagan como espectros por entre la maraña de los azarosos cuanto amados hombres: río del Ariguaní, traidor como un cortesano; Sompallón, artero y cruel; Tora, la tierra donde su cuerpo de Adelantado encontró tantos rigores; río del Opón en cuyas aguas la desesperación encontró un día la Esperanza esculpida en terrones de sal india; Barbacoas, nombre de fiebre y de espasmos; sierras del Atún, congeladas y ásperas al paso; Vélez, tierra limpia y abundosa de trigos; Sorocotá, recio palenque donde los indios huyen ante la presencia de los centauros de España; Turca, donde el oro deslumbra y ofusca a la codicia y luego, como una letanía, los hombres de las tierras sin rigor de fuego y sin aspereza de viento: Guachetá, Moniquirá, Susa, Tinjacá, Lenguazaque, Suesuca, Nemocón, Bacatá, Chía y Busongote.

En la iglesia de Santiago han tocado a Vísperas y Completas. Las campanas recoletas han apagado con sus murmullos el coro de los nombres evocados. Don Gonzalo torna a la realidad, una realidad hostil, bronca, que le consume las carnes y le seca los huesos. Una muralla de cortesanos, de frailes, de validos y peruleros le cierra el paso y no puede comparecer ante su Emperador, Don Carlos V, en demanda de justicia y del título de Adelantado del Nuevo Reino de Granada. En la villa y corte nadie le conoce y su fama de conquistador y descubridor de nuevas tierras ganadas con el valor de su brazo y el filo de su espada para la corona imperial se desvanece y sucumbe ante el brillo de las heroicas empresas de Cortés y de Pizarro.

Entre tanto ese tronera de don Luis de Lugo, merced a la privanza que le dispensa un secretario de Estado y gracias a sus campanillas de hidalgüelo, a sus cohechos y sobornos, gana para sí el anhelado título de Adelantado de estas tierras y que por derecho propio le correspondía a don Gonzalo Jiménez de Quesada. Por otra parte, harto tenía el Emperador con los enredos y complicaciones de la Reforma, agravados con la crisis política que culminó en un rompimiento con Francisco I, monarca que le disputaba el dominio de Italia y del Imperio Alemán, en una palabra: la preponderancia en Europa.

En Lisboa y en Valladolid nadie paró atención en las formales peticiones del ilustre granadino. Las cartas que éste escribiera al emperador jamás llegaron a su real destino, porque el secretario de Estado, Cobos, andaba enzarzado en una correspondencia abundante con los caballeros Quijada y Gaztelu en la que privaban los golosos proble-

Don Gonzalo Jiménez de Quesada en París

= Colaboración. Bogotá, marzo de 1939 =

Don Gonzalo Ximénez de Quesada

(Retrato de autor anónimo. Antonio de Herrera: *Historia General de los Héroes de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar de Oceano*. Año de 1725).

mas de la gastronomía imperial sobre cualquiera otra preocupación política. A Don Carlos V le tenía sin cuidado la existencia y dominio de una país tan lejano y exótico como el Nuevo Reino de Granada y no estaba dispuesto a cambiar las truchas de Valladolid, o las ranas, las ostras y las anchoas de Jarandilla —que constituían sus platos favoritos— por una comarca salvaje y deshabitada. Su mal de gota y los pasteles de anguila eran a la sazón las más graves cuestiones de Estado que traían cavilosos y desvelados a los hombres de España, desde el hidalgo con doblones hasta el último pinche de cocina.

La ronda de los sueños

Cuando los peligros de la selva eran mayores, cuando el temor de lo imprevisto se apoderaba de los ánimos, aún de los más esforzados, cuando se vivían los minutos más intensos en que acecha la tragedia, el Capitán General solía animar a sus soldados y capitanes y condescendía a entrar en plática con ellos, hablándoles de lo suyo íntimo, para que los tales, dejando el natural embarazo y timidez que su presencia les imponía le abriesen la intimidad y así cada uno le hablase de sus padres, del solar remoto, de sus amores, de sus aventuras y truhanerías, pues no faltaban entre ellos quienes contasen en su haber más de un lance digno de la auténtica picaresca española, corrido en ventas y caminos de Castilla, de Galicia o de Andalucía. Era entonces cuando en amable ronda de hogueras alternaba aquel Jerónimo de Insá, Capitán de Gastadores y ánima piadosa, con todo el linaje de los Antones, Diegos, Alonsos, Franciscos, Juanes y Gaspares alistados bajo las banderas de España en la expedición de nuestro señor don Gonzalo y era entonces, también, cuando éstos, olvidándose de los tigres cebados que se robaron a Juan Serrano, de los zancudos y del jején, le hacían el último zaque a la ya casi exhausta bota de pajarete y consumían las últimas harinas de Castilla, mientras don Juan de Castellanos, baquiano de la expedición y no clérigo aún, endechaba de la peor manera posible, despertando los apolíneos celos del portugués Alonso Martín, de quien es fama que las mujeres enloquecían a su paso, pero que nunca pudo preñar a musa alguna del Parnaso.

Le divertía a Don Gonzalo apaciguar entonces el furor poético de sus baquianos y el soñador, el Quijote que había en él se complacía en tejer las aspas de sus molinos de ensueño para que girasen dentro de los anchos campos de la imaginación. El, de suyo tan circunspecto, tan medido en sus palabras, pura flor de discreción, ya no sabía contenerse y devanaba ante la ronda atónita de alféreces y ballesteros, la rueca de sus sueños y confiaba a la fama la ínclita empresa de pregonar por los confines de la historia sus famosos hechos y sus heroicas hazañas en tierras y aguas de los Chimilas, de los Muzos, de los Panches, de los Guanes, de los Colimas y de los Muiscas. Más tarde —deliraba el Caballero— cuando sus espuelas de pico de gorrión, cuando las herraduras y bridones de sus caballos, cuando las lanzas y rodelas de sus infantes fuesen del más puro y brillante de los oros, volvería a España con los que quisieran seguirle, deslumbraría al Emperador y al séquito de sus cortesanos, a los que se quedaron en la península comiendo el modesto garbanzo, con la traílla de sus hombres vestidos de plata y grana desfilando entre una floresta de picas y de lanzas, precedida de los estandartes imperiales donde campearían el León rampante de Hispania y el Cocodrilo mitológico, que a nuestro Caballero se le antojaba ser el emblema de nuestro Nuevo Reino de Granada.

Ya llegarían los días en que la carne tan duramente castigada entre las miasmas de la selva, por el frío mordiente de las sierras y por las flechas emponzoñadas, recobraría de nuevo sus espasmos sensuales al contacto de la piel morena de las hembras de España y de la piel rubia de las mujeres de Francia.

La cita de los 7 pecados capitales

La evocación de este nombre —Francia—, suave a la lengua como un vino lento lentamente escanciado a la orilla de una mujer y el recuerdo de aquellas pláticas avivadas por la lumbre de las hogueras tropicales, hiciéronle olvidar a nuestro Adolorido Caballero sus cuitas numerosas y acedas, el desdén de los lacayos, el agrio gesto de los teólogos y de los carángano de misa y olla. Dió entonces altas y sentidas voces que sobresaltaron al ya dormido vecindario y se aprestó a la nueva aventura, ésta si blanda y no tan arrecida como la otra: la aventura del placer que dura un instante. De los arcones envejecidos, de los escriños claveteados de plata y repujados de carey extrajo con manos temblonas las onzas de oro reluciente y los castellanos sonoros que, a la luz aciaga de la lámpara, adquirieron un brillo perverso de pecado mortal.

En el pecho y en el ánima de nuestro Hidalgo Granadino ha despertado el asco por aquella corte luctuosa donde los cantos del placer morían ahogados por la sorda entonación de los salmos penitenciales que le recordaban al hombre nacido de mujer la vanidad de las riquezas, lo decaible de las pompas mundanas y lo fallecedero de la gloria terrenal. Harto está de esas sombras taimadas que se escurren por las calles de España como ánimas en pena, de esos caballeros fúnebremente suntuosos que con el discurrir de los años el Cretense habría de eternizar en su famoso lienzo del Entierro del Conde de Orgaz.

Don Gonzalo Jiménez de Quesada, cristiano a la antigua, autor de unos sermones a la Virgen del Rosario, oscuro jurista de Granada y olvidado descubridor de un reino en Tierra Firme, resolvió vender —así fuera por unos días tan sólo— su alma al diablo y marchó a París. Lutecia es el reverso del cuadro sombrío que era España, es la luz transformada en tumulto sonoro de risas y cantos de mujer y hacia ella corrió el desventurado Caballero para acudir a la cita que le daban los siete pecados capitales.

Bajo los tejados de París

En la escarcela de todo Caballero Andante que se estima no pueden faltar ni la herrada bolsa ni las albas camisas de Castilla, prendas de la honra y del señorío, ni la bota de buen vino. Sabíalo de sobra nuestro hidalgo, de ahí que se apresurase a llevar buena provisión de todo ello, sin que le faltasen tampoco en su almario las necesarias disposiciones para correr el albur. Sus humores habíanseles tornado de melancólicos en expansivos y para que la alegría que se le desbordaba ya del bien henchido corazón no

---

Para el banquete de Daniel Cossío Villegas dado por la Casa de España, en México, D. F., el día 11 de enero de 1939.

= *Colaboración*. México, D. F. =

Durante un período crítico de la vida española, meses antes de caer la monarquía, fui publicando en *El Sol* de Madrid una serie de breves semblanzas de los políticos en ocaso y de los que venían a substituirles. A esta serie de estudios breves llamé *Onomatología* porque se intentaba en ella presentar la relación entre los nombres de un individuo y su perfil moral.

Me faltan hoy libros auxiliares, etimológicos especialmente, para abordar un estudio divertidamente-serio sobre ninguna persona. Sin embargo, sucumbo a la tentación de merodear unos instantes por la nomenclatura del amigo que agasajamos: Daniel Cossío Villegas.

Entre las historias más bellas que tiene ese libro de libros que es básico para la civilización católica, está la de Daniel, mozo cautivo al servicio del rey de Babilonia.

Daniel, según la Biblia, nos resulta un Segismundo Freud, pues se dedicaba a descifrar los sueños de Nabuconodosor y de los reyes que le siguieron. Pero, Daniel también tenía sus visiones y sueños propios y para penetrar en su sentido recurría a un Freud de más alta jerarquía, al arcángel San Gabriel, mensajero de Dios.

Visionero y adivino, profeta y psiquiatra fué por lo tanto aquél cuyo nombre ampara desde la pila bautismal a nuestro amigo, al amigo de España y de los que trabajan con el espíritu. El tiempo se encargará de decir —puesto que es joven— si el profeta le trasmitió lo esencial de su carácter.

Dejando aquí a Daniel nos encontramos con un nombre de gran resonancia en España y fuera de ella: *Cossío*. Nombre de dos eses, como el de Picasso, como el de Garsi Lasso, que parece indicar ya por ese sólo detalle, finura, sutileza.

Creo, compañeros, que este nombre es una garantía para nosotros. Tener a Cossío a nuestro lado, o estar nosotros al lado de Cossío, allá o acá, es algo que se diría obra del destino. Cossío significa, para mí, alto ejemplar humano, espíritu neto y fino, artista y maestro. Su amistad me servirá de modelo hasta la muerte.

Cossío es el nombre de un pueblecito montañés, santanderino. De ahí proceden todos los que llevan este nombre. De modo que, allá lejos, entronca nuestro amigo Daniel con el maestro español.

Y, pasemos a Villegas. Este también es nombre castellano, burgalés. Yo no sé si a don Francisco de Quevedo es el Quevedo o es el Villegas lo que le dota de humor satírico y mordaz. Pero, por instinto etimológico —y perdonen aquí la falta de documentación erudita— creo que Villegas fué, o quiso ser, primeramente Villiegas, es decir, cosa dimanada de Villa. No me parece anticastellano, ni opuesto al sentido de nuestro idioma, decir por ejemplo: tales casas, costumbres o gentes son villiegas, esto es, ni aldeanas ni ciudadanas. Simplemente villiegas, cuyo matiz difiere totalmente de villanas.

Y si esto es así, me inclino a creer que lo satírico le llega a Don Francisco no del Quevedo sino del Villegas, o sea, de lo que había en él de villiego.

De modo, amigo licenciado, que sobre usted se ciernen estas estrellas o luminarias que bien pueden influir en su vida:

El Freud de Nabucodonosor,
El pedagogo y exégeta de El Greco,
y el espíritu burlón de Don Francisco de Quevedo.

Le deseo que confíe en su destino y siga queriendo a España como nosotros queremos a México.

José Moreno Villa

fuera a perderse, buscó —como convenía a su vistosa condición de indiano— un escudero que aprovechara y bebiera toda aquella que le sobraba y se le derramaba por la copa del alma. Acordóse de un tal Antón Ledesma que había sido criado de su padre y a quien desde su niñez habíale cobrado afecto por ser el Ledesma pupilo de buen natural y espíritu diligente y resolvió hacerlo su hombre de servidumbre y compañía. Era éste un bragazas, con ribetes de pícaro, gran sabidor de malicias y su nombre apenas si lo citan las crónicas que tienen más trazas de leyenda que de relato veraz. Su sombra de Sancho se hunde en el olvido, tan pronto como aparece en el tinglado de la historia. En compañía de él llegó don Gonzalo Jiménez de Quesada a las puertas de París, en una tarde del mes de mayo de 1542.

Entre tanto, su Serenísima Majestad don Francisco I ha celebrado una tregua con el Emperador Carlos V y no ve con malos ojos, para los fines futuros de su política ambiciosa, el que gentes de España pasen a Francia. El mismo rey flamenco pide que se le deje penetrar al territorio galo, en són de paz, para combatir al infiel y a los sostenedores de le reforma en Alemania que traían en graves aprietos la estabilidad de su corona. Coincide el arribo de nuestro Adelantado con un renacimiento de las letras y de las artes en París y con el advenimiento de nuevas formas de vida que convierten a la capital de Francia en una rumorosa colmena de la sabiduría.

El Sena, Rey de París

El Sena, como en las aguas-fuertes de Israel Silvestre, se riza de veleros cargados con los bermejos vinos de Borgoña, de barcazas brumadas de la rubia provisión del trigo segado en los campos de Brie, de falúas que se deslizan ligeras llevando a la ciudad el albo vellón de los corderos de la Champagne, de barquillas que vienen de Amiens— la ciudad que un día fué como la Venecia de Francia, hábil como la princesa Adriática en el trabajo del oro, del vidrio, de la piedra, del marfil y como la egipcia en tejer el lino y delicada como las hijas de Judea para unir los diferentes colores de su lanas—, de frágiles navicelas que remontan la corriente con su alegre cargamento de canciones, risas, blasfemias, mujeres y juglares que riman penas y truhanerías en la lengua de Nuestro Padre Francois Villón que está en los infiernos. Sobre las aguas del Sena nada hay que recuerde a Don Gonzalo sus pasadas desventuras en el río grande de la Magdalena, cuando la fiebre le encendía la sangre y poblaba la manigua de sombras sangrientas y de gritos de guazabara.

Hidalgo y escudero suben por las aguas del Sena en un bajel de proa flordelisada y con tres palos que echan al viento la fiesta de sus banderas, en cuyos pliegues campea la corona mural, sobre gules y campo de plata: blasón de la ciudad cesárea. Ante los ojos de don Gonzalo se cumple el milagro de la fuerza hidráulica que alimenta la industria de París a mediados del siglo XVI. Sobre ambas riberas se alzan molinos de aspas gigantescas, ruedas monstruosas, máquinas que hacen girar en el aire sus cien palas como los cien brazos del gigante Briareo y que, luego, se hunden en la corriente para absorber la energía creadora del agua y transmitirla en unánime impulso a los arcaduces que manan entre un gemir de tornos cansados, a las almazaras de la torre de Nestle, a los pesados martillos de la Casa de la Moneda y a los potentes hornos en donde se funden las matrices en que Cellini modelaba sus medallas ilustres.

París vive de su río y alimenta sus secretas arterias con los despojos de aquel rey fluvial, laborioso y patricio. Del tronco de su corriente se desprende como una rama el arroyo de Bievre, serpentino y pestilente, que se escurre por entre paredones musgosos y bajo las claravoyas de las tenerías. Su agua, después de hacer ella misma una ritual ablución de manos, se convierte en hilandera para tejer los tapices suntuosos y el toison de oro de los gobelinos.

Andanzas de nuestro caballero por las calles de París

Si algún día hemos de alabar a espacio las muchas virtudes que adornaron a nuestro Mariscal y Regidor, ciertamente que no nos hemos de detener en ponderar aquellas que rezan y tocan con la afición que demostrara él por el cultivo de las letras humanas y divinas. Sus miramientos con el idioma y el estilo no fueron sobradamente generosos. No parece que fatigara mucho su juicio, ni aprovechara mucho de su memoria, ni adelgazara mucho su pluma, ni puliera mucho su lengua, ni aún usara mucho de elegancia al escribir aquellos famosos *Ratos de Suesca* que tan ingrato albur corrieron. Al leer las raras páginas que de su *Compendio Historial* han sobrevivido se resiste el ánimo a creer que don Gonzalo hubiera sido contemporáneo del idílico Garcilaso de las Elegías y de las Eglogas; o del Sevillano Gutierre de Cetina —padre del madrigal castellano—; o de aquel Cristóbal Castillejo que le arrancó a las canteras del idioma sus más alegres y vistosos materiales para escribir el *Sermón de Amores;* o de Fernando de Herrera, el Divino, tan conceptuoso como erudito. Todo lo cual no quiere decir que nuestro indiano tuviese en poco la noble profesión de las letras, ni menos aún que desdeñase el trato y comercio con letrados y filósofos, con eruditos y poetas, que por entonces los había muy razonables y en abundancia, bajo los tejados de París.

Don Gonzalo se detiene una tarde en el Pont du Change. Contempla desde allí a la ciudad agitada y confusa. Al sur del Sena, se levanta la colina espiritual de Santa Genoveva sobre la gran esplanada de París. Por sus viñedos vaga aún la sombra de Abelardo —mútilo e infortunado en el amor— discurriendo en compañía de sus discípulos acerca de las verdades socráticas, abriéndole por vez primera al mundo las puertas de la dialéctica escolástica. Como una réplica ardiente y tumultuosa se escucha todavía en la eminencia de aquella cumbre de la sabiduría la voz mística de Bernardo de Claraval que combate con saña las doctrinas de Abelardo.

Frente a Santa Genoveva y al norte de París, emerge la mole tierna y redonda de Montmartre, pintoresca y bulliciosa, decorada de monasterios y abadías, de molinos y tabernas y llega hasta allí el influjo ideal de la montaña de Santa Genoveva. Aún se percibe en ella el eco de las disputas entre nominalistas y realistas, tomistas y escotistas y no estará lejano el día en que este paisaje de suaves eminencias se ha de conmover con las polémicas ardientes de jesuitas y jansenistas. Desde los albores de la Universidad de París, el ambiente que se respira en Montmartre es distinto del que se difunde por las demás zonas espirituales del "más hermoso desierto del mundo", que dijera Delteil. No pulula en él, ni el sofisma voluptuoso, ni la ascética rígida, ni la filosofía imperativa que congela los labios de los doctores de los colegios de Navarra, de Reims, de Merci, de Karembert o de Haricourt. En las controversias que tienen por palenque la colina que santificara con su sangre San Dionisio y compañeros mártires, se abre y despliega al sol, como flor de gracia, el ingenio de París. La sapiencia adquiere en Montmartre encantos y hechizos de mujer hermosa, abunda en ardides sutiles, en añagazas y estratagemas que dibujan en los rostros la breve línea de una sonrisa, en argumentaciones enunciadas en un latín muelle y sensual que cobra musicalidades de flauta y salterio en las inflexiones sonoras de sus genitivos plurales en el ritmo contundente de sus cláusulas absolutas.

Los dos caballeros

Cuando llegó a París don Gonzalo Jiménez, Iñigo de Recalde, su hermano en la aventura y en el riesgo, acababa de hacer votos perpetuos en la capilla de Santa Bárbara que coronaba la cumbre de Montmartre. En aquel entonces el mílite de Zaragoza y Calvino bebían en las fuentes de aquella ciudadela sagrada de la sabiduría de la misma agua de las verdades eternas. Para nosotros, situados en perspectiva de lejanía histórica, no es difícil imaginar un fugaz encuentro entre el vasco y el granadino en la regalada umbría de un huerto monástico o bajo la arcada de punto de un claustro secular. La emoción supliría las palabras y lo que no acertaban a decir los labios lo dirían con sobra de elocuencia los ojos de aquellos dos gitanos de la España mística y guerrera. Hablarían del reino de Dios en las Indias occidentales, de los primeros mártires del cristianismo en tierras del Nuevo Reino de Granada y ambos unirían sus alabanzas para ensalzar la memoria de aquel protector de los indios, cuya fama ya se extendía por el orbe católico. Alabanzas que se harían tibias en los labios del vizcaitarra, cuando por boca de don Gonzalo se enterara de que Fray Bartolomé era de la Orden de Predicadores e hijo de Santo Domingo de Guzmán. No podría el de Recalde disimular un visaje de desprecio y bajando los ojos invocaría su sombra, bajo la futura advocación de San Ignacio de Loyola; porque el vasco tozudo nunca creyó en nadie que no fuese él, el primer jesuita del mundo...

Desde su mirador del Ponte du Change divisa Don Gonzalo la calle de Coupe-Gueule, severa y ancha como un camino de Castilla. En uno de sus ángulos levanta la Sorbona su mole doctoral bañada suavemente por una luz opaca y por un grave tinte de silencio que habla al mundo del taciturno trabajo de los hombres que vigilan en su interior, oscuros soldados de la ciencia. En aquel ambiente de paz sólo se oye el lento andar de las primeras imprentas y el trazo fino de las plumas de los copistas sobre el devoto pergamino de las biblias y de los antifonarios. No lejos de allí se alarga y quiebra en recodos de íntima calma la calle de Saint-Jacques con sus tiendas de impresores y pendolistas, de panfletarios y li-

Dr. E. García Carrillo

ofrece a usted sus servicios profesionales

Medicina General

Corazón y Aparato Circulatorio

Electrocardiografía

San José de Costa Rica. - Teléfono 3754 - De 5 a 7 p. m., previa cita

breros viejos. Hasta don Gonzalo llegan los ruidos de los cinceles que labran los pilares y las cúpulas del Colegio de los Lectores Reales —hoy Colegio de Francia— y el golpe de las gubias que tallan la madera de sus pórticos. Esta es la fortaleza de la sabiduría secular que se yergue desafiante ante los torreones de la alcazaba teológica de la Sorbona y a donde al cabo de los siglos han de acudir las mujeres más lindas de Francia a beber la miel que destilan los labios sapientes de Henri Bergson y de Paul Valery.

A la sombra de Nuestra Señora de París

Tan pronto como don Gonzalo traspasa los umbrales de la iglesia de Nuestra Señora de París, su alma cae de hinojos ante aquel lírico arrebato de la piedra que se pierde en lo infinito. Nosotros, a través de los tiempos, nos explicamos la compostura del hidalgo español ante aquella aspiración de la materia hacia las alturas; materia que, a medida que asciende, pierde peso, consistencia, volumen y color hasta convertirse en música pura de los espacios, en nítida elación mística, en sobrenatural armonía que preside y gobierna todo aquel juego de líneas horizontales y verticales, de parábolas y volutas, de masas de luz y sombra que se resuelven en divina abstracción. El español cae de rodillas no porque le haya anonadado esa orgía de planos, de tímpanos, de pilares, de nervaduras, de ojivas, de arcos, de vitrales que despliegan en el aire jardines de luz. No. Si su alma vaciló como Jacob en la aciaga noche de la contienda angélica no fué para arrastrarse como bestia herida sino para erguirse con mayores bríos, desafiando aquella concepción apolínea de la fe, aquel triunfo de lo ideal sobre los sentidos pecadores. Para don Gonzalo tal sinfonía pétrea era el eco sutilizado de una fiesta pagana. Un español como él, amasado en la escoria tenaz de la mística castellana, para quien la vida eterna no tiene contenido ni valor sino como una reviviscencia de la carne, forzosamente tenía que sublevarse contra esa profanación de su fe orgánica, concreta, plástica y violenta que siempre converge hacia la presencia corporal de un Dios vivo, humanado, nacido de mujer y muerto en muerte de cruz, con sangre y violencia. Para don Gonzalo la idea de Dios no rebasa la linde milagrosa de la última tarde de Emaús. No concibe él, como no podría concebirlo luego Teresa de Avila, un Dios que proceda del Padre y del Hijo por vía de inspiración y de amor y este misterio precisamente es el que se contiene en cada una de las piedras de la iglesia de Nuestra Señora. Don Gonzalo se permite un arrogante gesto de desdén ante las cabezas monstruosas y empedernidas de las quimeras y de las gárgolas que coronan la sublime fábrica del amor divino que los siglos y las generaciones deben a la caridad inspirada del obispo Maurice Sully.

Enseguida don Gonzalo abandonó el templo...

Ante Nuestra Señora de París reaccionó en 1542 el español de idéntica manera a como reaccionara siglos antes San Bernardo de Claraval. El espíritu rígido y exclusivo de este defensor de la fe también sintióse ofendido con el profano esplendor de aquella catedral. La floresta de los vitrales, la piedra porosa y calada de las ojivas, las carátulas y esperpentos de los capiteles, la música de los órganos y el salmodiar de las campanas no fueron para él sino claras manifestaciones de un espíritu pagano que amenazaba abatir el majestuoso trono del León de Judá.

Otro día el caballero Stendhal ante la iglesia de San Pedro en Roma había de asumir una actitud intermedia. Ni lo tentó la ira ni lo deslumbró la magnificencia. Se limitó a consignar su impresión en estas palabras: "Voici des détails exacts". Asombrosa lección para nosotros los desesperados.

Los pregones de París

Un aire tibio de primavera lleva hasta las habitaciones de nuestro gran Capitán la orquestación matinal de los pregones de París. El ambiente se embalsama con los nombres de golosinas, de las hortalizas y de las viandas que salmodian los vendedores ambulantes, abriéndose paso por los caminos musicales del aire. Los cabreros preludian su reclamo y las mujeres de la barriada acuden con sus hijos de pecho a recoger en sórdidas escudillas la leche de cabra que contiene mágicas virtudes medicinales. La vendedora de caracoles frescos orquesta para violín y flauta su grito breve y redondo y el que ofrece las ostras acomoda su voz para un acompañamiento de gaita y acordeones. Luego vienen las masas corales de los que cantan la pescadilla y el camarón, la sarda y los mejillones, los espárragos de Argenteuil, la cebolla y la zanahoria, las naranjas y la uva albilla. Disuelto el coro salta un sólo de barítono que invita a comprar la lechuga romana:

¡A la romaine, á la romaine!
On ne la vend pas, on la proméne...

Esta orquestación de gritos y pregones, esta "obertura para un día de fiestas", como la llamara Proust, dispone el ánimo tempranero de nuestro Adelantado a gozar de la vida bulliciosa de París que tiene en primavera "el olor del Paraíso terrestre después del primer pecado".

Donde nuestro hidalgo se mezcla al pueblo

Lleva don Gonzalo varios meses de vagar y divagar por el París medioeval de las abadías y de los monasterios, por el París universitario y docto, por el París de los filósofos y los teólogos, de los juristas y de los guerreros. Todavía se percibe en esta zona de la ciudad un ritmo semejante al que gobierna la vida de la corte española: lento, modoso, circunspecto. Es hora ya de salir de aquella nebulosa, de aquel sistema de mundos, cada uno de los cuales tiene su carácter y fisonomía peculiares, y de adentrarse por el París del pueblo, de los *sans-culottes*, precursor de la Revolución, de la Bastilla y de las barricadas. Descubre nuestro caballero errante que París tiene una geografía propia que no se parece a la de ninguna otra ciudad del mundo: su norte y su mediodía, su oriente y su occidente diferenciados por mil complejos matices que hacen que el habitante de Montrouge difiera del parroquiano de Clichy o de la Villete, así como el burgués de Passy no puede confundirse con el de la Plaine Monceau.

Se mezcla ahora el Adelantado a la muchedumbre de gentes que afluyen de todos los puntos de Francia: bretones, alsacianos, loreneses, caldereros de Auvernia, deshollinadores de Savoia, albañiles de

Cuadritos

= *Colaboración*. San José de Costa Rica, febrero de 1939 =

Voz de sirvienta

Una dama, diz que aristocrática sin prejuicios de clase, cuenta a su amiga Sol:

—Anoche estaba en la casa de mi novio. Habíamos tenido una escena de celos. Me urgía interceptar alguna llamada telefónica que viniera a justificar mi enojo.

—¿Conseguiste algo?

—Claro que sí. Se me ocurrió una idea genial para despistar: hice voz de sirvienta (sic) y la rival no me reconoció.

—Qué inteligente!, comentó Sol.

Esclavitud

—Mamá, por qué lloras? Qué te ha emocionado tánto?

—Hija, este relato soberbio de la vida del Padre Las Casas. Cómo luchó porque no hubiera más esclavos!

—Ah!

Días después, arrellanada en su sillón dernier cri, lista para continuar lectura tan edificante. A gritos, doña Mauricia dijo:

—Qué pasa ahí? Ese escándalo?

—Mamá, las sirvientas que se divierten...

—Dios me dé paciencia: qué lucha más horrorosa con el servicio! Diles que se callen. Para servir les pago y no para que se pongan a gozar con todo. Sus vulgaridades no me dejan ni un rato para mi solaz.

—Es injusto, mamá. Ellas también necesitan descanso y...

—Cállate. Me das vergüenza con tus ideas comunistas. Dios nos defienda.

Y miró hacia el Cielo...

Sólido argumento

—Amigo Juan, no alcanzo a comprender por qué eres rebelde.

—Ah! Es que soy un eterno enamorado de Andalucía, de Sevilla sobre todo. (Con énfasis y entornando los ojos). Amo la esplendidez de su clima. Amo la Giralda y el Alcázar y el Guadalquivir! Ah! Y su Semana Santa! Sevilla, cuna de Velázquez y de Murillo...

—Justamente los rebeldes, Franco, moros, italianos y alemanes, destruyen sin piedad lo que tanto dices amar. Muj...

—Amigo, olvidas que el fin justifica los medios y que, ante todo, hay que salvar la nacionalidad (sic).

Cuento

—No queríamos llamar al médico. Cobran tánto! Y al fin de cuentas, no curan. Además, los tiempos son difíciles y hay que economizar.

—Entonces, la dejaron morir sin ningún auxilio?

—Ah, no. Yo le daba sustancia de carne varias veces al día, yemitas de huevo... Cuando ya no conocía, llamamos al doctor.

—Y?

—Dijo que era un ataque terrible a los riñones. Mandó una dieta, nada de carne. Dios libre!

—Y Uds. que...

—Sí, pero me consuela pensar que murió alimentadita...

GUIOMAR

Limousin que viven apretujados en las buhardas de la calle de Nonnains d'Hyéres o de la calle del Ayuntamiento. A la hora del crepúsculo se pliega el paisaje de la ciudad populosa al són de los acordeones nostálgicos y las callejuelas se animan con la zarabanda diabólica de los *bal-mussetes*. En la barriada de los italianos las tiendas atraen a los transeúntes con el tufillo goloso de los jamones de Parma y de las tentadoras mortadelas que se exhiben en toscos escaparates. Rusos y polacos andrajosos se confunden con el ghetto de la calle de los Rosales o del rey de Sicilia. Los alemanes en el siglo XVI ya habían colonizado el boulevard de Strasburgo y el barrio donde hoy se levanta la Estación del Norte.

Bajo la bandera del amor y de la Caballería

La vida amorosa comienza a germinar en la colina de Montmartre. París vive su abril de 1543. El rito de la fecundación se cumple con silencio de raso en las entrañas de la tierra, en las corolas de las flores, en el vientre de las bestias y en la carne estremecida de amores y de luz de las mujeres de París. Todo se fecunda, menos las azucenas que, al decir de Santo Tomás de Aquino, son andróginas como los ángeles.

Nadie sospecha que en aquella Alejandría del placer vaga por las calles, desterrado y lancinado por el infortunio, un hombre que ha descubierto el Imperio del Sol y que tras de ruda lucha con los ríos desmandados y la selva embrujada, le ha arrancado al mundo un reino donde la tierra es buena:

Tierra que pone fin a nuestra pena.
Tierra de oro, tierra abastecida,
Tierra para hacer perpetua casa,
Tierra con abundancia de comida,
Tierra de grandes pueblos, tierra (rasa,
Tierra donde se ve gente vestida
Y a su tiempo no sabe mal la brasa:
Tierra de bendición clara y serena,
Tierra que pone fin a nuestra pena!

Nadie imagina tampoco cómo aquel hombre —que ha curtido su piel en guazabaras innumerables y luchado contra los elementos todos de la naturaleza, confabulados para cerrarle el paso y ante quien tiemblan sus rodeleros— es un ser tímido, no ejercitado en las veladas galantes del París nocturno y que en su vida ha cortejado a mujer alguna. Gajo cortado de la encina española, ha refrenado los repetidos llamamientos de la carne y ha hecho derivar su sensualidad por las tortuosas vías de la aventura conquistadora. Su cabeza cenceña y entrecana, sus mejillas cavadas y la nazarena barba le dan un aspecto de sombra escapada de una tumba. El donjuan que todo español lleva a flor del alma y piel parece tronchado y muerto bajo los cascos del caballo del Cid. Ya es hora de que el burlador se levante de su sueño mortal, de que rompa ese muro de lanzas y picas flamencas que le estorban el paso y entre en escena haciendo una venia y barriendo el suelo con las plumas de su chambergo.

Don Juan, muerto en Sevilla, resucita en París bajo la peluca empolvada de Moliére y en el corazón de nuestro gran Mariscal.

¡Hurrah! don Gonzalo, ya eres cumplido caballero, puesto que militas desde ahora bajo las banderas de amor y de la caballería.

Fin de fantasía

Las noches de orgía se eslabonan en una larga y lenta cadena de flores que ciñe los riñones fogosos del macho cabrío. Las barajas de los naipes pasan por las 4 estaciones del azar: florecen, se marchitan y mueren sobre la eterna primavera de los tapetes de las timbas. Los huesos de don Gonzalo se secan en los lupanares. Montmartre, santificado con la sangre de Rústico y Eleuterio mártires, parece desde entonces predestinado a todas las tentaciones. Las lindas *lorettes* —abuelas de Mimí Pinsón y de Midinette— acuden allí a las citas galantes y a recostarse al amor de los viñedos que destilan los más ilustres caldos de Francia. A la hora en que París se desdibuja sobre un fondo de niebla y calina, sólo se percibe en la colina sagrada el murmullo de los besos y de los suspiros, el aria de algún ruiseñor enamorado y muy hondo se desliza un ruido de tahonas, entre un cantar de mujeres que ruedan la muela que tritura el grano de las solanas de Gonesse y San Dionisio. Con tan sutiles doctoras aprende nuestro señor don Gonzalo a soltarle los cordones a la esquiva bolsa y a descifrar el complicado alfabeto del amor. Son tan avaras estas gentes de Francia que no le cuesta mucho al caballero superarles en magnificencia y prodigalidad. Sus manos se tornan fáciles para la dádiva. El borgoña —ensortijado de rubíes y muy pagado de que ante él presenten armas los tercios del rey— le enciende la cabeza y le pone inusitados bríos en el antes impenetrable corazón.

Ante el brillo de ducados y doblones, acude la prole canija de los hambreados, el cortejo de los peruleros arruinados, mozas de chapa y mujeres fáciles que le tienden las manos grifosas, sarmentosas, suplicantes, a cambio de nada.

París ha hecho que don Gonzalo olvide su Valle de los Alcázares y el espectro alucinante del Dorado que, a intervalos, asume ante sus ojos la apariencia carnal de Sacrezazipa, la sombra vengadora del monarca chibcha que le ha de perseguir toda la vida como al rey homicida el fantasma de Elsinor... Qué lejos siente ahora las voces de sus bravos capitanes y qué extraños acentos cobran los nombres antes tan amados: Hunsa, Teusaquillo, Busongote, Chía, Bacatá.

¿Quién reconoce en este indiano manirroto y petulante, fanfarrón y mujeriego, a aquel don Gonzalo, el granadino, alabado por todos como el fin y remate de la discreción, depósito de buen juicio, archivo del mejor discernimiento y el héroe, en fin, de las arrecidas jornadas de Barbacoas, Tora y Sompallón? Tánto han podido en él los aires sutiles y perversos de la dorada Isla de Francia!

Exhausta la bolsa de caudales y malherida el alma y quebrantado el cuerpo, decide un día nuestro acongojado caballero hacer penitencia de sus culpas y como buen miliciano de Cristo y de su Rey asciende una noche, en traje de penitente, a la luz aciaga de los blandones y el canto del Miserere, por los recuestos de Santa Genoveva, a implorar de la doncella —guardiana de París y vencedora de los bárbaros— que limpie su ánima de todo pecado con las aguas purificadoras de la gracia santificante.

Lavado con las aguas lustrales del arrepentimiento, don Gonzalo Jiménez de Quesada abandona para siempre la ciudad tentadora. Volverá mohino a su casa, rota la rodela de encaje, deshecho el yelmo heroico y herido como don Quijote de amor y de punta ausencia. Pero no desencantado. Nosotros le imaginamos anticipándose a Joseph Delteil y conjugando este verbo magnífico y eterno: "Yo amo a París. Tú amas a París. El ama a París. Nosotros amamos a París. Vosotros amáis a París. Ellos aman a París."

DARÍO ACHURY VALENZUELA

Consultas a la ignorancia

= *Colaboración*. San José de Costa Rica, enero de 1939 =

El tema tiene bastante atingencia con el autorizadamente tratado por Pasteur y otros, el peligro, en la investigación, de las ideas preconcebidas.

Aquí nos referiremos al consejo que presentaríamos con el fuero de Perogrullo de darlos a trochemoche: conviene a jueces, abogados, médicos, ingenieros, etc., consultar, en los problemas que se presentan de pronto como insolubles, al hombre corriente, al ignorante de la justicia codificada, del derecho legislado, de la medicina en farmacopea, de la ingeniería en fórmulas, etc. Es fácil que ése, el hombre que no envejeció mirando la balanza de Temis, ni pasó las noches claras en las Institutas de Justiniano, ni repasó reiteradamente los apotegmas de Hipócrates o de Galeno, ni se desveló en los teoremas de Euclides, etc., es fácil, repito, que ése, el hombre de la calle, dé, como una inspiración genial de la inteligencia libre, no maniatada por estudios, ni canalizada de antemano, ni asida por tesis apasionantes, la solución acertada. De refilón nos acordamos de la *boutade* de Anatole France: "He comenzado a aprender después de que he dejado de estudiar." Así se explica, en la solución repentina, la intervención del subconsciente, el cual, trabajando indómito, y emancipado de trabas, labora en tierra virgen y cosecha opimamente. Muchas veces reímos, ya en libertad, cuando hemos salido del encalabrinamiento de empeñarnos en que dos y dos son seis.

Hay una sorpresa, que deviene peligro grande en quien estudia el caso y se pregunta, ¿a quién le daré la razón?, ¿cómo defenderé a mi cliente?, ¿con qué cederá esa fiebre?, ¿de qué manera atravesar el río?, etc., de hallarse ante la piedra que cierra el paso y que puede removerse, como en el cuento de Tolstoi, y encontrarse el tesoro; la tesis que apasiona y que garfea tenaz, dura e inmisericorde, y a la cual se quiere acomodar el problema del desvelo, no debe orillarse con paliativos, hay que alzarla en vilo y hacerla a un lado. Para esa empresa se encuentran ofuscados, con sombras indudablemente pasajeras, el juez, el abogado, el médico, el ingeniero. Deberá invocarse al *limpio de corazón*, al *sin pecado original*, quien en este caso habrá de ser el lúcido; pero entiéndase que no aconsejamos al empírico, ya que éste, añadida a la misma traba del profesional académico, suma su pequeño bagaje de ilustración, y aquí se recuerda lo del Padre de la Iglesia: mucha ciencia acerca a Dios. Recomendamos a quien tenga su erial limpio de maleza o de otras siembras estorbosas. No es que seamos enemigos de las consultas a la Ciencia, no; con ella siempre, menos en el caso señalado en el que el "sésamo" maravilloso, para abrir la cueva anhelada, sólo lo conoce el compadre bueno y pobre, el que no padece prúrito por la *auri sacra fames*.

Ya terminando el artículo hemos creído que el título que mejor habría convenido, es el de Consultas al sentido común, al *horse sense* que dicen los americanos, aunque ese sentido común sea el menos común de los sentidos, según el dicho agudo.

SAMUEL ARGUEDAS

El sitio peligroso

El volcán (a Mussolini, que se esfuerza en ahogar la erupción).-Más fácilmente acabaré yo con Ud. que Ud. conmigo.

(De *Punch*. Londres.)

Contraste

En Nicaragua no hay libertad de imprenta

Managua, 18 de enero de 1939.

Señor don Joaquín García Monge

San José, Costa Rica

Estimado García Monge:

Motivos de la misma índole que en vez pasada me dieran ocasión de rogarle la inserción de un artículo mío en las columnas del *Repertorio Americano*, me permiten nuevamente rogarle la publicidad de las presentes líneas.

En época reciente, al paso del Ministro de la Gobernación de Nicaragua por México, contestando éste a preguntas que representantes de la prensa de aquel país y de compatriotas nuestros residentes allí le hicieran, sobre si en Nicaragua había o no libertad de imprenta, el aludido funcionario nicaragüense contestó afirmando que en este país se goza de *absoluta libertad de imprenta*. Como testimonio de sus afirmaciones—dijo el funcionario aludido—que bastaba revisar los periódicos que en Nicaragua son opositores a la política del General Somoza, para darse cuenta que sus afirmaciones gozaban de autenticidad completa.

Comentando las declaraciones apuntadas, escribo para el público que más allá de nuestras fronteras patrias está siendo sorprendido por la propaganda interesada que el Ejecutivo nicaragüense lleva a cabo con dineros del presupuesto nacional, dejando en verdadero abandono la Instrucción Pública, por ejemplo.

En Nicaragua no hay *libertad de imprenta*. Tampoco hay diarios y periódicos de oposición. No porque la opinión nicaragüense esté satisfecha con la política absurda del Presidente Somoza, sino porque el mismo Somoza, consecuente con los principios yoístas que defiende a toda costa, ha amordazado a los empresarios de prensa. A unos, a los "sanchos intelectualizados", por efectos de soborno; y a otros, a los que tienen un concepto lato del valor cívico, con las frecuentes amenazas de la supresión de sus respectivos diarios. Ante tal estado, la prensa toda, a diario adula los procederes arbitrarios del gobernante. Y, cuando por sobre esta situación vergonzosa de la prensa nacional, surge una publicación que entre en choque con este estado de cosas, de previo está condenada a desaparecer.

Para ejemplo, bástame citar la reciente orden de supresión del semanario *Senderos*—que se editaba en esta capital—, la cual fue emanada del propio Presidente de la República. Este periódico citado, era el único con que contaba la juventud independiente de este país y el único que en una labor de cinco meses pudo enfrentarse a la propaganda intensa que la reacción lleva a cabo entre nosotros.

Tal medida, sólo es de esperarse en donde impera un régimen *fachistoide* y en donde los adláteres de Mussolini con su finalidad oscurantista irrespetan la dignidad individual y violan los principios de nuestra legislación.

Por todo lo apuntado, hemos visto en el discurso del 24 de diciembre recién pasado que en la Octava Conferencia Internacional reunida en Lima—conferencia cuyo único objeto fue un turismo oficial americano—dijera el señor Cordell Hull, una sangrienta burla para los ciudadanos de pueblos que como el nuestro está bajo la influencia directa de la política de los simios de Roma y Berlín.

Cuando aquí, como en otras partes del continente se nos arrebata la libertad de la expresión escrita; cuando aquí, como en El Salvador, por ejemplo, no se nos permite protestar por las medidas despóticas que contra lo sciudadanos se dictan, el ya citado señor Cordell Hull, dice: "Estamos resueltos a rechazar con el mismo tesón, ya por medidas concordantes de carácter preventivo, ya por una acción directa combinada, toda intromisión de hombres o de ideas que reflejan y tiendan a implantar en nuestro suelo y en nuestros espíritus conceptos ajenos a nuestra idiosincrasia, ideales en pugna con los nuestros, regímenes atentatorios con nuestras libertades, teorías disolventes de la paz social y moral de nuestros pueblos, fanatismos o fetichismos políticos que no pueden prosperar bajo el cielo de América".

El mandatario—que no el Gobierno— de Nicaragua, para acentuar más esa burla, envió representantes a dicha Conferencia Internacional. Y al regreso, esos representantes hacen declaraciones en las que demuestran estar de acuerdo y dispuestos a sostener los principios sustentados en Lima...

Sin embargo, al indagar el motivo de la supresión de *Senderos*, el Ministro de Gobernación por la ley, ha contestado que tal medida se aplicó en atención a gestiones que hiciera el representante de Mussolini en Nicaragua, el Sr. David Campari.

Ante este hecho que demuestra a las claras la influencia de países extraños en Nicaragua; a pesar de la propaganda reaccionaria que aquí se permite hacer en la prensa; a pesar de las películas nazi-fascistas que se exhiben libremente en colegios de Jesuitas y Hermanos Cristianos; a pesar de haber en la casa de comunicaciones un apartamento para almacenar todas las publicaciones de carácter *comunista* que llegan al país, es curioso ver cómo nuestros sátrapas luchan por hacer creer que aquí rigen los sistemas de gobierno democrático...

Así, con un ligero esbozo de nuestra situación, desmentimos las afirmaciones hechas por el Ministro de la Gobernación nicaragüense al público de México. Y si alguien, largo de nosotros, creyere sistemáticas nuestras afirmaciones, le invitamos a pasar una temporada en este país para que examine nuestra realidad política.

Con un saludo conceptuoso de la juventud independiente de este país para Ud., me es muy grato suscribirme su Atto. y S. S.,

ANTONIO CARO

*

Managua, 12 de enero de 1939.

Señor:

Me pone en ocasión de dirigirle la presente, el singular hecho de la reciente supresión del semanario *Senderos* que yo he dirigido en esta Capital.

Como es natural, al indagar el suscrito lo que dio motivo a tan ilegal hecho, el Ministro de Gobernación por la ley, me ha contestado que se ha procedido en tal forma, atendiendo a reclamos que Ud. hiciera, alegando que nosotros hemos insultado al *régimen italiano* que Ud. representa ante el Gobierno de Nicaragua.

Ante tal razón, que para nosotros reviste carácter *oficial*, nos permitimos hacerle las siguientes afirmaciones:

1) Que en las columnas de nuestro periódico jamás hemos insultado a nadie. Si hemos dado cabida a artículos y comentarios adversos a la po-

lítica de su país, es porque precisamente, hemos y continuamos creyendo que tal régimen es atentatorio para los hombres libres del mundo; y que de suyo la juventud del Continente Americano tiene que rechazar la intromisión de sistemas políticos completamente exóticos, que lesionan desde luego nuestros derechos ciudadanos; si se nos priva de hacerle esa defensa por medio de la palabra escrita, ya encontraremos cómo combatirles...

2) "¿Qué le autoriza a Ud., extranjero que es" a obligar, a insinuar siquiera, a los hombres que mandan en este país, que atenten contra nuestras leyes que consideramos sagradas?

¿Es que acaso, piensa Ud. que con acciones semejantes, podrá la reacción catequizar prosélitos?

Tal es la conclusión llevada por Ud., ya que en este proceder hay reincidencia de su parte—lo que nos da derecho a llamarle campeón del oscurantismo—puesto que, repito, con ésta son dos las publicaciones que en corto tiempo, relativamente, han sido suspensas por gestiones suyas.

¿No cree más lógico—respetable señor, como digno representante de una nación culta—defender la política de *sus representados* por medio de la prensa, ya que—por error suyo, muy lamentable por cierto, al creer lo contrario—, en nuestro público hay opinión y sabe comparar?

Aparte de esto, manifiéstole que con esta medida—que reprochamos desde luego—sólo ha logrado acallar un periódico que hasta ahora, pudo enfrentarse a la propaganda nazi-fascista, que alentada por Ud. se lleva a cabo en periódicos y colegios particulares del país.

Con la medida aplicada—que sólo demuestra incomprensión—a la juvenud que en Nicaragua, y en el resto del *Continente Indo-Americano* labora por un porvenir mejor para nosotros, no lograrán acallarla.

De Ud. muy atentamente,

HERNÁNDEZ SEGURA

Al Honorable Señor Representante del Imperio Italiano en Nicaragua,
Dr. David Campari.
Presente

*

Los Tribunales de Justicia argentinos y la intangibilidad de la prensa

Es rechazado un pedido de clausura y prisión

El cable ha traído hasta Costa Rica una noticia que conforta a todos los que no hemos dejado de creer en la Democracia. En Buenos Aires, los Tribunales de Justicia *"garantizan la intangibilidad de la prensa"*, dicen las agencias. *"Se rechaza el pedido de clausura de la Revista* Claridad *y no se accede al pedido de enjuiciamiento y prisión del Director interpuesto por el Embajador del Perú doctor Felipe Barreda y Laos".* Este fallo honroso de la justicia argentina tiene que producir unánimes demostraciones de júbilo democrático en nuestro continente, donde la planta exótica del fascismo no crecerá ni prosperará.

La revista *Claridad* había dedicado uno de sus números, el 324 de abril de 1938, a la Democracia Peruana, representada por Víctor Raúl Haya de la Torre y el Ingº Luis E. Heysen, *"hombres de pensamiento y acción del Aprismo, cuyas vidas se encuentran en inminente peligro, por la persecución tenaz de que los hace víctimas la dictadura que impera en su país".*

El homenaje de la acreditada y prestigiosa publicación argentina tuvo singulares caracteres. Colaboran en *Claridad* exigiendo respeto para las vidas de Haya de la Torre y Heysen las personalidades más destacadas del mundo intelectual, político y laborista de la patria de José Ingenieros y Ricardo Rojas. Hicieron la exégesis biográfica de Luis Heysen, *"el hombre integral a quien se quiere dar muerte"*, las plumas más conocidas y notables de la patria de González Prada. *Repertorio* destacó no hace mucho los de Magda Portal y de Manuel Seoane, entre los juicios escritos en ese ejemplar de *Claridad*. Hacíamos así, *nuestro también*, el homenaje al temple varonil de ese carácter másculo que no transige en su línea de combatiente. Es una virtud *saber dar de sí*. Y el líder aprista dio todo lo que esperábamos de él, cuando Haya de la Torre se hallaba preso en el Panóptico de Lima. Entonces, se mantuvo los 16 meses del régimen de Sánchez Cerro en el territorio peruano desafiando todos los peligros con la serenidad y la lucidez de los plintos griegos. No fue capturado como no lo ha sido hasta ahora después de más de cuatro años. Si éste es un don, como dice Manuel Seoane, en su artículo de exégesis biográfica, nos recuerda los dones providenciales que guardan y preservan de la destrucción a los hombres que tienen una misión que cumplir en la hora de las reconstrucciones. Haya de la Torre emparedado en la Penitenciaría de Lima en 1932 y Heysen perseguido por los sabuesos de Sánchez Cerro escapan a la muerte que rondaba cerca de ellos como ahora. En la *Crónica de una Vida sin tregua* del escritor Luis Alberto Sánchez se menciona la inminente amenaza de muerte en que estuvo Haya de la Torre cuando el levantamiento aprista de Trujillo en 1932. Se rumoraba que Haya sería llevado a su ciudad natal para ser juzgado por la Corte Marcial que condenó a muerte a centenares de jóvenes apristas. En *Claridad* se recuerda que Heysen en 1931 fue atacado y herido en el Cuzco, derramando con valor su sangre por el ideal a que ha consagrado su vida ejemplar y también que fue procesado por la Corte Marcial reunida en Lima para ver el proceso del atentado y muerte de Sánchez Cerro en abril de 1933; declarándosele libre de toda culpabilidad. Pero, tanto Haya de la Torre como Heysen continúan entregados al combate de sus vidas paralelas. Los ministros plenipotenciarios del Gobierno Peruano no pueden negar que los dos están en el Perú y que los dos están perseguidos tenazmente. Esta es una verdad como lo es la campaña que los dos cumplen desde la persecución, a pesar de que los censores desearían que no fuese conocida por nosotros. Las revistas del continente no dejan de incluir producciones valiosas de sus firmas. *Cuaderno Aprista*, revista mensual de orientación y doctrina que se edita en Lima, dirigida por Haya de la Torre desde Incahuasi y *Hechos*, el vocero que sale en Chiclayo bajo la dirección de Heysen, son documentos irrefragables con respecto a la resistencia y situación de los peruanos apristas, cuya acción está asombrando al mundo. Haya de la Torre y Luis Heysen están escapando a la destrucción desde hace años con beneplácito para las democracias americanas.

Ante el homenaje de *Claridad*, el embajador de Lima envía una reclamación diplomática al Ministerio de Relaciones Exteriores Argentino pidiendo la suspensión de *Claridad* y la prisión del apóstol que la dirige, don Antonio Zamora. Lleva su reclamo ante los Supremos Tribunales de Justicia y se inicia un proceso sensacional, que, aun no ha terminado, según pareciera. El cable es demasiado breve y lacónico para poder apreciar la magnitud del juicio. Pero, *Repertorio Americano* por lo pronto, consigna algo sustancial. Las primeras batallas son favorables a la libertad de opinar y de prensa.

El Juez Doctor Miguel Jantus falló contra la demanda. El Embajador del Perú doctor Barreda y Laos ha apelado a la Cámara Federal, pero ésta confirmó plenamente el fallo del juez, por lo que el ilustre Antonio Zamora debe sentirse satisfecho y con él todos los demócratas de América que le acompañamos con los brazos abiertos.

Esta es una lección que debe ser bien aprovechada en todas partes.

Vigila el padre los estudios

1815.—Mayo 25.—En Coro con su madre. En carta de esta fecha, desde Caracas, escrita por José Francisco Heredia a su esposa, después de referirle su viaje a La Guaira y la llegada a Puerto Cabello y a Caracas, le hace estas recomendaciones:

> *A José María que estudie todos los días su lección de lógica y lea el capítulo del Evangelio, las cartas de los Apóstoles y los Salmos, como lo acostumbraba hacer conmigo todas las tardes; que repase la doctrina una vez a la semana, y el Arte Poético de Horacio que le hice escribir, y de Virgilio un pedazo todos los días, y los tiempos y reglas del Arte, para ponerlo a estudiar derecho cuando venga aquí, y darle su reloj si lo mereciese con su obediencia y buena conducta en este tiempo* (Memorias cits. *Introducción, p. XXXIV*).

Junio 8.—Continúa en Coro con su madre y hermanos y sigue desde Caracas José Francisco Heredia vigilando los estudios de su primogénito y escribe a su esposa, en esa fecha, diciéndole:

> *El tomo de Montesquieu que dice José María, es mío, pero recógelo, y no se lo dejes leer, y cuida que repase la doctrina, lea en la Biblia según acostumbraba conmigo todas las tardes y repase la lógica. Mira si hay quien le dé lecciones de contar para que aproveche en ello este tiempo.* (Memorias *cits. Introducción, p. XXXV*).

Enrique Piñeyro es quien inserta en dicha introducción este fragmento de carta, observa el adelanto de José María de Heredia en los estudios literarios y la lentitud en los de aritmética.

(De Francisco González del Valle, en su libro *Cronología Herediana* (1803-1839). Publicaciones de la Secretaría de Educación. Dirección de Cultura. La Habana. 1938).

ariel
Quincenario antológico de Letras, Artes, Ciencias y Misceláneos.
Director: FROYLAN TURCIOS
Ap. 1622, San José, Costa Rica, América Central

Caldas

A nosotros corresponde el grato orgullo de haber tenido en Francisco José de Caldas un precursor ilustre en las investigaciones de lo que ahora decimos Ecología, o distribución y comportamiento de las plantas según determinadas zonas. Una especie de Geografía Botánica que tanto impresionó a Humboldt que hasta se la apropió directamente.

Este Lutero...

Martín Lutero ocupa una elevada posición en la génesis de los partidos políticos contemporáneos, no bien esclarecida aún. Antecesor de Hegel y de Treitschke, conceptúa que el Estado predomina, pero proclama la separación de los poderes, como antes lo dijera Aristóteles y luego Montesquieu, y el derecho de rebeldía, cual lo hicieron más tarde el célebre historiador jesuita Juan de Mariana y otros pensadores eximios.

Este Lutero representa además una rebeldía polifásica de dilatado curso histórico: Pugna entre germanos y latinos; de pobres contra eclesiásticos acaudalados; de reyes contra papas; de individuos contra dogmas. Por donde puede apreciarse la tremenda magnitud de su posición en el mundo moderno.

La madre

Con la exogamia, el culto de la madre asume su mayor valoración, alcanzando niveles de primera magnitud. La madre es para el civilizado un ente aparte, desligado de alguna manera de las depredaciones que la vida impone, iluminado por afectos que trascienden lo individual egoísta y casi casi, tocan en lo seráfico y divino. Ahora bien, en esto no hay equívoco sensible, ya que la realidad espiritual lo subtiende y constantemente comprueba. La madre no sólo concibe y nutre al hijo, lo coloca en el campo de la vida bajo una protección transitoria, como ocurre entre los animales, sino que se da a él en maravillosas plenitudes: lo ampara indeficientemente durante toda su existencia, por él se sacrifica sin desmayos ni descuento de penalidades o de error, por encima de su conveniencia, por encima de las leyes humanas, por encima aún de las catástrofes de la naturaleza. Es como si prolongara su yo en una ampliación bipersonal. Y este sentimiento es más nítido que el egoísmo primario. Nosotros nos disimulamos, nos escondemos ante las órdenes íntimas de la conciencia, jugamos a la coartada y al disfraz en las flaquezas del espíritu, mientras que la madre es para nosotros de una diafanidad suprema, que nunca falsifica sentimientos, nunca elude sacrificios, y, superando a veces las deficiencias de su personalidad, se enciende, luminosa y protectora, en intuiciones y donaciones de una sinceridad sin eclipses. Por ello se justifica este sentimiento de adoración que el hijo le consagra, este aislamiento que del resto de los seres y del mundo hace de ella.

(De Luis López de Mesa, en su libro *Disertación Sociológica*. Bogotá, Colombia. 1939.

Dr. Luis López de Mesa
(1927)

Visto por *Rendón*.

Noticia de libros

La Tragedia de Nilse, *por Luis López de Mesa. Bogotá, 1928*

== *Colaboración*. Northwestern University, Evanston, Illinois. Octubre 19, 1938 ==

Es ésta una de esas felices novelas embalsamadas con la durable fragancia de un buen estilo y de un simpático interés humano. Es una novela sin nombres; pero como se hace toda la narración en primera persona no es tan imperativa la necesidad del nombre: son él y ella.

El es un joven médico, medianamente acomodado. Ella es mujer extraña, por su belleza y por su carácter. El la conoce, la ama y se lo declara así; ella, desasida, oye, juzga que no merece, y calla. Sepáranse en Roma y vuelven a encontrarse en París. Reanudan sus relaciones y se hace el matrimonio. Ella, altiva; él, enamorado. Hacen vida social en Deauville. Aquí ella vuelve a ver a un antiguo pretendiente y a un joven pintor, amigo de éste. Como fatigada de esa vida ella pide a su marido que vuelvan a París. Al cabo de mucho tiempo él observa que algo pasa y un día que ella sale de tiendas, él la sigue; la ve entrar en un casa, que es la del pintor; la espera, y al cabo de dos horas sale él, poco después, ella. Cuando marido y mujer se encuentran en su casa la escena se desenvuelve sin violencia. Al día siguiente, solicitada por el marido, ocurre la entrevista de los tres: él ofrece a su mujer la libertad para que pueda casarse con el amante; el cual, para resolver la situación, ofrece retirarse y dejarles en paz. Ella, airada, declara que a ella corresponde dirimir este conflicto y abandona la sala, después de haber despedido a su amante.

Previendo la fatal determinación de su mujer la hace venir a la alcoba donde su hijita, a quien él ha despertado de intento, parece enferma. Se restaura el sentimiento materno, él arregla sus negocios y se dispone a partir. En la escena de separación, confiesa ella su admiración y su amor por este hombre cuya magnanimidad comprende. El parte. De Nueva York, por tercera persona, le deja saber, que él, su marido, ha muerto; ésto es, le devuelve la libertad total. El sigue a Colombia y se establece en el Cauca, donde, muerto civilmente, prosigue su vida de trabajo y reflexión.

Doce años más tarde, sabiéndose amenazado de muerte, emprende su último viaje a Europa. Las hace buscar en París; averigua que viven en Madrid. Inquiere y descubre la calle donde moran. Alquila un cuarto en la vecindad y es su deleite mirarlas salir. El muerto viviente las sigue. Aprende algunos detalles de su vida modesta. Un día que viaja detrás de madre e hija en un tranvía, oye a la hija pedir a su madre que le compre un número de lotería, a lo cual ésta responde que no tiene bastantes recursos para ello. Ya sabe él lo que hará: para la Navidad, cuando la lotería se juegue, la niña recibirá del banco donde tiene sus fondos, el documento que la declara dueña de la fortuna que a él le quedaba. El habrá desaparecido definitivamente.

La narración fluye con una serenidad que se hace amplia por virtud de las cláusulas que se suceden sin rompimiento ni intercepciones. El acento de verdad le viene del transparente análisis de los estados de conciencia porque ha pasado el narrador. El cual es un psicólogo grato al entendimiento del lector, porque rehuye, con la distinción de su buen gusto, cuanto pudiera parecer pesado por lo técnico.

(*Pasa a la página 186*)

Una tarde con Gabriela Mistral

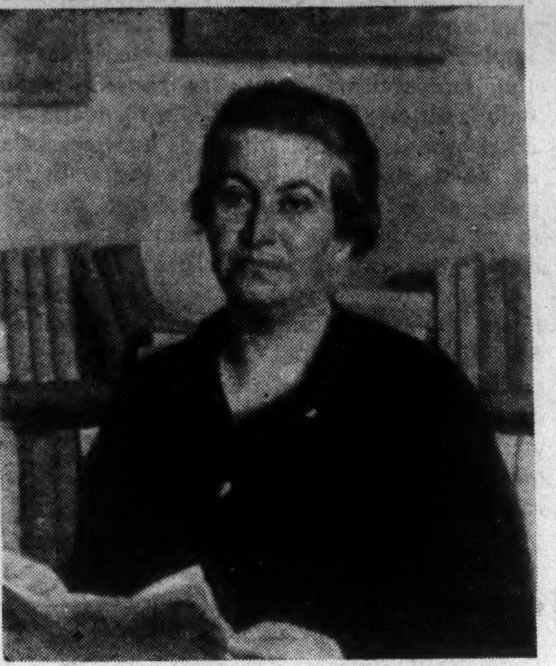
= *Envío de la autora.*—Marianao, Cuba. =

Si se implantara el fascismo en el mundo entero, yo andaría todo el orbe, siete veces, en pos de una roca pelada, donde no me alcanzara el sistema.—

Gabriela Mistral.

Viva mi colega! Como ella ve, no he cortado, he añadido. Diga todavía que el socialismo de los incas sí lo habría vivido. El miraba al cuerpo y al alma. Diga aún que yo espero que pasen por el mundo los ismos como un sarampión de infancia. Porque el mundo es niño aún, aunque, por cruel, parezca viejo.

(Palabras de Gabriela Mistral, al margen de esta información de *Bohemia*).



Gabriela Mistral

Por López Mezquita.

Nunca como ahora, me congratuló ser periodista. Aquella inquietud por escribir, que me turbara la infancia; aquel afán por la literatura que se frustrara en mi adolescencia, me dejó un sentimiento de vocación fallida —a lo mejor porque a la cita le faltara la gracia poética —que luego me retoñó, cuando la pubertad se encargó de señalarme un sendero angosto, aledaño al gran camino. Reportajes, siluetas, entrevistas... Es una ronda de menudos motivos, que ilustran la publicación transitoria, aliviando, por el otro extremo, mi carga emocional agobiadora. Mi vida interior se sosiega, desbordándose a veces por la ventanilla del periódico. Además —¡bendito sendero de sencillez y humildad!— el periodismo me conduce hoy a un *tête-a-tête* con Gabriela Mistral. Para ello, no he tenido que afrontar el ridículo de acercármele con la morbosa curiosidad de un ser humano, ante el ejemplar extraordinario, que, por otra parte, propició, desde hace tiempo, el contacto inefable de sus libros con nuestra feminidad americana alerta.

¿Es acaso una regla periodística buscar el sensacionalismo como anzuelo? Cierto. Con todo mi amor por el matiz delicado, por el perfume sutil de una emoción de niño, llevo al Hotel Vedado, esta tarde de otoño, el indague angustioso, que debe resolverse en clarinada, si Gabriela Mistral me confiesa que "ella no es fascista", *malgré* los malévolos rumores propalados.

No es curiosidad morbosa. No es indague sensacional de periodista. En mujer, me apasiona el asunto. Por la sintáxis *suigéneris* de la ilustre poetisa he ido sorbiendo su sed de justicia social, su amistosa compenetración con los humildes, su maternal devoción por el niño, su enfoque generoso de otras mujeres, que escriben, aunque el mensaje de éstas diste mucho del de ella, que es cristiana y luminosa metáfora. "Gabriela Mistral", me digo, mientras avanzo al encuentro, "no puede ser fascista". No rezan con ella los anatematizados por Castelao en su estampa: *Queman, roban y asesinan en tu nombre.* En ese nombre de Cristo, que vaporiza la religión de Gabriela, cabe la cual se arrodillan los ateos, beatificando, en poesía, a la excelsa vestal del Redentor, vestal franciscana, que reedita, en su pedagogía, al Maestro. No puede ser fascista. Otro infundio ese, para confundir los pasos de la mujer americana que halló en la chilena su mentora, y ahora contrae los labios, repeliendo la blasfemia de que ella justifique el crimen nefando. Gabriela Mistral "no puede ser fascista".

Esperamos. Ha llegado una alta y erguida mujer que se confunde con nosotras por su absoluta carencia de *pose*. Si queremos sorprender un perfil destacado, una indumentaria llamativa, un perifollo que acentúe la estatura, real o virtual, hemos de mirar en torno: acaso lo encontremos en una de las turistas que juegan al *bridge* o beben té, en el amplio portal, ajenas a que las está rozando una impar presencia. Queda la voz, aquietado el gesto, con una hermosa cordialidad que esclarece la cita, nos ha saludado. Somo seis o siete mujeres que acudimos a Gabriela, representando el próximo Congreso Nacional Femenino. Sabe ella que entre nosotras, habemos dos periodistas. Parece no advertirlo. Acostumbrada al *close up*, no le teme porque entre ella misma y su obra existe una identificación total de contornos morales La misma, que entre su palabra hablada y su prosa escrita. Yo reconocería la voz de Gabriela Mistral, si la radio me regalara una de sus charlas más íntimas, como la voz que estremeciera líricamente mi soñadora adolescencia. Tal vez, no suceda así con sus retratos. Gabriela Mistral "en persona" dulcifica los rasgos que paraliza y endurece la cámara, incapaz de llegar al sub-rostro, si la aptitud fotogénica o la artificiosa naturalidad cinematográfica, no le prestan las alas del arte.

¿Será cierto que hemos venido —Rosa Hilda Zell por *Ellas* y yo por *Bohemia*— a celebrar una interviú con Gabriela Mistral? Es lo que me voy preguntando, luego que Gabriela colocó ante sí una mesilla y dispuso todos los chismes rituales del "mate". Me lo pregunto, porque Gabriela, entre succión y succión, nos está interrogando. Es una amable peripecia. Una suerte de cambio de impresiones entre las niñas de una escuela y su maestra. De una escuela primaria, desde luego, donde el modernismo plantó sus banderas y la ingenuidad infantil no se contagia con tiesos academismos ni con pedagogía pelada y seca. Como Mirta Aguirre ha llegado tarde, Gabriela le pide que "arrime su sillita". Y, atenta maestra, enterada de que Mirta es la poetisa de quien leyera hace tiempo algunas cosas, le pide, además, su último trabajo. Su último trabajo! Es ese libro reciente, *Presencia Interior*, que a todos nos llena de alborozo, porque lo logró una mujer cubana. La alumna lo ha olvidado en casa. La maestra le escudriña el gesto altivo, sin petulancia, la franqueza valiente. "Aguirre! Tu apellido es vasco, Mirta. Desconfiada habías de ser y por eso no me trajiste el libro. Te dijiste: Primero, investiguemos cómo piensa esa..."

Primero, vamos a ver cómo piensa Gabriela Mistral! Ya lo estáis viendo, compañeras. Y es de veras una pena que alguna abrigara dudas a ese respecto. Sin temperamento político, Gabriela Mistral no puede, sin embargo ser fascista. Tiene por otra parte que rechazar los antis —anti-nazi, anti-fascista— porque no se aviene a su espíritu cristiano. Por armas, los libros, tiene aún que escribir mucha poesía que destile la justicia social con firmes sugerencias temblorosas. ¿A quién con su lectura, no le tiembla el rinconcito de vida interior, donde quedara aposentada la belleza?

Ha sido una amiga de Unamuno y de Ramiro de Maeztu, por encima de todas las diferencias de opiniones. No puede, además, comulgar plenamente con los marxistas, porque de ellos la aparta —y es el más importante de los tres puntos que les opone— una línea pequeñita, que es hondísima: la beatería de Gabriela Mistral. Beatería conmovedora que debe hacer muchos prosélitos, porque, recordando a Maritain, de quien es Gabriela admiradora y amiga fervorosa, "no es una beatería decorativa o ficticiamente cristiana." Porque es la batería que rima, en compases celestiales de comprensión y bondad, con ese Cristo, imposible de ignorar si se ha leído a su moderna sacerdotisa. Beata, Gabriela no se ha ofuscado. En su entraña de madre-virgen se clavaron los siete puñales de la ametralladora que siega la infancia española. Si la disolución de la familia —punto negro de la Rusia actual, que la misma Gabriela supone que se ha difuminado mucho — parece proyectar en su espíritu una orfandad desolada; si el desconocimiento de los clásicos greco-latinos torna árida y hosca la pedagogía soviética, el ateísmo es, por sobre todo, a su juicio, la mácula del materialismo histórico, a quien rechaza Gabriela de plano, "porque no todos los sinsabores humanos, aunque sí muchos, se deben al factor económico."

Tres puntos, pues, que oponer al marxismo. Tres puntos que la sitúan en una "ultrademocracia" a pesar de que la palabra no le gusta.

Esta es la columna miliaria del *Rep. Amer.* En ella escribiremos los nombres de los suscritores que por años de años, hasta el final de sus días, le dieron su apoyo. ¡Ricos de espíritu fueron!

Tampoco la tientan los radicalismos de las izquierdas liberales, que le huelen a siglo diez y nueve y a revolución francesa. (En tanto habla, evoco a Aníbal Ponce. Está muy distante. Nos lo distanció irremediablemente la muerte. Hubiera sido bella la escaramuza de enfrentar al argentino con su dialéctica materialista que subyuga y arrastra, a la enorme chilena espiritualista, que condena el individualismo sinceramente, aunque llega sólo a Peguy en sus especulaciones socialistas. Hubiera sido bella y provechosa, la batalla de los dos escritores, que me tiran por igual de la apetencia estética). De todas maneras, nos sentimos complacidas— y entre nosotras, la izquierda predomina— de que Gabriela Mistral asegure que se hubiera sentido bien en una sociedad medioeval de los inicios, enclavada en un gremio cristiano. ("Gremio distinto, Mirta Aguirre, más en la costumbre familiar que en el fárrago de vuestros sindicatos. Yo soy criatura muy gremial y esta vez también camino lado a lado con los escritores europeos y americanos".)

Tres puntos separan a Gabriela Mistral de los marxistas! En cuanto al *fascio*, no hallo siquiera neutralidad en sus reacciones. "Si se implantara el fascismo en el mundo entero"— ¡qué sabrosamente deglute sus frases el conmovido auditorio femenino!— "yo andaría todo el orbe siete veces, en pos de una roca pelada, donde no me alcanzara el sistema. El fascismo no es vivible para un escritor, pero no lo es, además, para un cristiano. El Papa ha dicho sobre esto cosas esenciales."

Puedes, pues, reportera, titular sensacionalmente la información de *Bohemia*: "Gabriela Mistral no es fascista." ¿Qué te pasa que no te decides? Ah! Más allá de la política, la tarde lluviosa de hoy marca una trayectoria regresiva. Vuelves a ser muchacha. Lamentas que la gracia poética no acudiera a la cita, cuando pareció precisarse tu vocación en aquella tu adolescencia, voraz de lecturas. Tendrías ahora, como Fina García Marruz —esa niñita que llegó al finalizar la tarde y arrimó también su sillita— la primicia de unos versos, publicados o inéditos, para engalanar tus timideces. Ella se te hubiera acercado, maternal y sugestiva, captando en la afín inflexión poética, el cariño que hiciera retoñar con nuevos bríos, su palabra —la palabra de Gabriela Mistral, en el grupo de mujeres presentes.

Envío a Gabriela Mistral

Yo sé que Mirta Aguirre —comunista militante— te ha de llevar su trabajo muy pronto. Yo adivino que esa niñita, Fina García Marrúz, a quien dedicaras, como a una colega, tu libro *Tala*, soñó contigo aquella noche. Y yo me atreveré a leerte este reportaje mío, antes de que lo propague la imprenta, feliz, si logré interpretar, suprimiendo el sensacionalismo y la clarinada, tu opinión sobre el *fascio*, y agradecida, si me señalas alguna inexactitud o falta.

Una tarde con Gabriela Mistral, sencillamente. Si me asusta que revises las humildes cuartillas, sacaré fuerza de una oración que aprendí de niña, para pasar "quince minutos en compañía de Jesús Sacramentado". Su frase inicial, "no es preciso, hijo mío, saber mucho para agradarme mucho, basta que me ames con fervor" es el pasaporte que utilizo para llegar al dintel de tu gracia. Así habla Cristo cuando lo interpreta su vestal franciscana, cuya batería no es ficticia. ¡Cristo de Gabriela Mistral, doloroso y transido, pero acogedor y esperanzado! Símbolo de triunfo, cuando se trata de hacer prosélitos para una justa causa!

Una tarde con Gabriela Mistral, es una página de block, donde anoto mis reacciones más íntimas. Va al periódico, es cierto. Pero, antes será revisado por la autora de *Tala* cuya estatura intelectual no reniega —porque la ampara— de esa humildad del indio, que se pierde en la noche de sus antepasados, en pugna continua con el abuelo vasco.

BERTA AROCENA

Noticia de libros

(*Viene de la pág. 184*)

Y con ello gana el encanto del análisis sin que se pierdan ni la exactitud ni el acierto.

Se siente en esta prosa el gusto por lo finido del concepto, por la línea ondeante y voluptuosa de las cláusulas. Hay aquí la misma redonda perfección que en Rodó, pero con una mayor animación. Lo que en Rodó es sucesión de estanques aquí es movilidad graciosa de ondas que bullen y se deslizan sin premura hacia su fin. El autor ama la música de la palabra, esferada en las curvas sinuosas de su prosa.

A lo largo de la narración florecen los temas artísticos: así, por ejemplo, el tema de la hechicería de los jardines cuando el narrador va describiendo el suyo, el del árbol en función con el hombre; el del reposo y el movimiento en función del espacio y el tiempo; el del pequeño monumento coronado por una urna cineraria entre dos altas palmas de follaje vivo; el del romántico recuerdo de las ciudades de Italia donde retardeció el Renacimiento; el de los contrastes entre los lugares solitarios y las ciudades populosas donde aperece como una graciosa filosofía de la urbanidad; el tema de la inolvidable peregrinación por una bella Atenas que se lleva en el pensamiento; el de la fuerza que fue Roma; el de la arquitectura; el de la pintura; el de la escultura, todo lo cual forma un fino tratado de estética que abarca una cuarta parte de la extensión de la novela; y no fatiga la atención así por el hechizo de la prosa como por el pensamiento que le da alma y movimiento. Y aquí y allá bajan de lo alto ideas que se enlazan a nuestra memoria con tenacidad de yedra o de mujer enamorada, como: "Nuestra raza infortunada no olvida aunque calle". "Es la única raza que puede amar con rencor"... "es que la vida al actuar se hace belleza"... "vida y belleza son una misma cosa"... "Un bloque errático de un planeta infragmentado que perdió su órbita y va al azar de los espacios sin rumbo, sin luz ni conexión de gravedad con la masa matriz: imagínese usted ese aerolito consciente de su soledad en su incesante fuga a través del vacío de los espacios penumbrosos, y tendrá la comparación de lo que es un alma que medita en el vacío de una vida sin hogar" —"ninguna mujer cede su cuerpo sino a cambio de nuestro espíritu".

Hay, pues, epigramas a la manera de Wilde; se diría, a veces, que lo alado de este estilo viene de abejas de Fontainebleau, o de las otras, de las doradas del monte Himeto. Porque de Francia y porque de Grecia hay aromas en las páginas de este libro.

Toda la novela es una sucesión de paisajes del alma de un hombre; tiene el lector la impresión de vivir siempre adentro; el mundo es su mundo; es como una dramatización de estados de conciencia. No hay desenvolvimiento de caracteres, y la tragedia es, como todas las tragedias, una cosa recóndita del alma donde se pronuncian las palabras infalibles del destino.

En tal sentido esta novel es muy de nuestros días y cuando se ha terminado su lectura se está seguro de que no se escribió pensando en la popularidad, sino en el arte visto a través de entendimientos cultos.

R. BRENES MESÉN

Lector, hágase de un ejpr. de *La Tragedia de Nilse*. A $ 4.00, con el Adr. del *Rep. Amer.* Calcule el dólar a ₡ 5.

AHORRAR

es condición sine qua non de una vida disciplinada

DISCIPLINA

es la más firme base del buen éxito

LA SECCION DE AHORROS

— DEL —

Banco Anglo Costarricense

(el más antiguo del país)

está a la orden para que Ud. realice ese sano propósito:

AHORRAR

Viajemos en primera

Les faucons rouges, como llaman en París a los jovencitos de la extrema izquierda, son entre nosotros simplemente unos muchachos malcriados. Tienen la mística de la mugre, y el odio a todo lo que sobresale. El líder socialista Bebel a quien se le criticaba que viajara en primera, contestaba: "Lo que yo quiero es que todo el mundo viaje en primera". Y bañarse. Y vestirse bien. Y ser culto y decente. Los comunistas de aquí consideran que se le sirve al proletariado obligándole a vivir siempre de ruana y de alpargatas. Descendiendo hasta él, y no haciéndolo subir. En un desastroso empeño por bajar y no en un vigoroso empeño por subir, como lo dijo anoche el presidente de la república. Son los descendientes directos de aquellos que hace ochenta años odiaban en Bogotá, a los "patiaforrados". El calzado representaba entonces la máxima separación entre las clases sociales. Los de ahora odian al frac. Creen que es muy gracioso presentarse al Colón de ruana.

(Es de *Calibán*, en *El Tiempo*, Bogotá, 20-II-39).

Con la CENTRAL DE PUBLICACIONES S. A. Avenida Juárez, 4. Apartado 2430. México D. F. México. Tels. Eric. 2-59-75 y 20-838 Méx. L-94-30, consigue Ud. este semanario.

Acojamos este artículo de Don Víctor Lorz, que está sabrosito. A nosotros nos llegaron también los dos folletos, señalados ciertos párrafos, a que Dn. Víctor alude. Se titulan:

A propósito de la guerra en España y *Discursos pronunciados por los diputados españoles José Mª Gil Robles y José Calvo Sotelo en el Parlamento Español el día* 16 *de Junio de* 1936.

Ambos folletos, editados en la Imp. "El Heraldo", Cartago, C. R. Entendemos que la Imp. "El Heraldo" pertenece a los capuchinos establecidos en Cartago, *A. M. D. G.* (Como si dijéramos: *Para mayor gloria de Dios*). Los mandé a la Biblioteca Nacional.

Para que se rasque

= De *Lealtad*. San José de Costa Rica, 6 de febrero de 1939. =

Por el correo de las brujas han llegado a mis manos dos libelos, con llamadas impudentes de lápiz azul y rojo: "Discursos de Gil Robles y Calvo Sotelo", y una "Carta Pastoral del episcopado español."

No sé quién me los envía, pero lo adivino, lo huelo con la nariz del corazón. Porque así como hay un *foetur judaicus*, según Schopenhauer, hay un *foetur frailunus*, un hedor de fraile, hedor específico que denuncia a toda la fauna. Desde los días de Juan Bernardón y Pica, llamado poéticamente después San Francisco de Asís, santo loco y que se jactaba de no haberse cambiado nunca la camisa, toda la familia huele mal. Debe ser, pues, un hijo de Juan Bernardón el que me los envía. Yo debo decirle al maloliente fraile, que esos libelos fueron inmediatamente al excusado. En la casa clara de un librepensador no entra literatura de la *Internacional Negra*. Un anticlerical no admite frailes aunque vengan en pantalones civiles de imprenta. ¿Qué me importa a mí, fraile inverecundo, lo que diga un obispo, lo que digan muchos obispos, lo que diga el papa ni lo que diga la biblia?

Estoy más allá de los obispos, de los papas y de las biblias. Hace muchos años que he superado todas las mentiras religiosas. Si cada obispo español es ochenta kilos de ignorancia y de grasa, nada tienen que enseñarme a mí todos los obispos españoles. Pues, ¿y los frailes? ¿Qué cosa son los frailes? ¿Cómo se hace un fraile? Lo voy a decir. Se va al monte; se da una misión a los pastores de cabras; se hace una leva de hijos de esos pastores; se los lleva a un convento; se les quita la zamarra; se los embute dentro de un hábito; se les da una mano de pintura de latín; otra mano de pintura de teología; cuatro manos de *savoir vivre*, y... cátalos frailes. Sin más atuendo literario, ni social, ni científico, los hijos de los pastores de cabras se convierten en hijos de Juan Bernardón, y son lanzados a la mitad del mundo a dirigir sociedades y almas. Las almas, ¡claro! de los hombres creyentes; forma única (como dice F. Laurent) de los dos ejemplares distintos de hombres ignorantes y hombres fanáticos.

Con esta lana de ex-cabreros y de zamarras, está hecho el clero español, alto y bajo. Obispos y frailes españoles son extracciones de la beocia de la cultura. Debían ser amigos del pueblo, porque del pueblo salieron; pero, como ahora son ricos, han renegado del pueblo. Han renegado de Juan Bernardón y proclaman a Don, Francisco de Asís, el rico. Con semejante levadura, nada tiene de extraño que no se haya hecho nada grande en España. Ellos dicen que los españoles son muy malos y todos *rojos*. ¿Y quién tiene la culpa? ¿Quién ha modelado el alma española, sino el fraile español? ¡Y se pretende que un efecto sea superior a su causa! ¡Con una herramienta tosca, no se puede hacer una obra de arte, fina. Cualquier obispo o fraile del último país, es más ilustrado, más culto, más tolerante, más humano, más cristiano, y más limpio. Y vale más que toda la episcopería y toda la frailería de la Península: ignorante, cerril, maloliente, perversa y sucia. Los siete pecados capitales están con ellas: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y ociosidad o pereza. Sobre todo, la lujuria y la gula, son amigas íntimas y dilectas, y adscritas a perpetuidad a la sopa y a la pereza del convento. Y estos bichos ¿quieren darnos lecciones? Lecciones, ¿de qué? Sólo nos pueden enseñar sus panzas gordas y sus cerebros vacíos. En esta hora terrible, el crimen y los veinte dineros de Judas, estan con ellos. Ellos beben, engordan y ríen, mientras nosotros, hijos de la ley, tenemos el alma acongojada y desgarrada por el dolor infinito de nuestra santa España. Pero, sepan los obispos y los frailuchos politiqueros, que la República española, que no ha hecho mal a nadie, (a no ser, el haber aumentado de veinte a cincuenta mil duros la subvención a los capuchinos de Marruecos en el *bienio rojo* de Azaña, y el haberles cortado a los obispos obesos el cordón umbilical del presupuesto para aligerarlos de su exceso de grasa, y darles más posibilidades de ascención religiosa) ha de ser terriblemente vengada. Y que, algún día, la han de llamar a gritos para que vuelva. Pero ya no volverá tan mansa con los obispos y frailes politiqueros. ¡La sangre de dos millones de seres humanos, no se derrama en vano! La España que venga no será la vuestra. La que vosotros soñásteis, al echaros en brazos de esos foragidos inconmensurables de la falange española. En la España que vosotros habéis devastado y erizado de odios sin redención posible, pronto no habrá lugar para el obispo ni para el fraile más flaco. No somos nosotros los que hemos de hacer la tremenda justicia. ¡No! Son los vuestros, los falangistas. Si la libertad sucumbe en España, otros han de venir detrás de nosotros y han de hacer inexorablemente lo que nosotros no hemos hecho, y que... quizá debíamos haber hecho. Sí. La falange, guiada por ese genio del mal que se llama Hitler, ha de ser el ángel exterminador de la iglesia politiquera y enredadora de España. La falange viene erizada de símbolos terribles. En vez del Cristo judío, hijo humilde de María y del Espíritu Santo, que vosotros os zampáis y ultrajáis cada día, la falange os traerá muy pronto el Cristo ario, hijo de María y del soldado germano Pánther, recaudador de contribuciones en Judea. Un Jesús alemán, rubio y bruto, de cabeza cuadrada y cráneo de antropoide; que pega fuerte; que no quiere obispos obesos ni frailes holgazanes, y que os triturará entre sus manazas de hombre del Norte. Es posible, frailes, que vosotros no entendáis esto. Vosotros sólo entendéis el Calepinus, el P. Lárraga y la gracia eficaz. Papa no quiere que entendáis más. Ya lo entenderéis, cuando envidiéis al Cardenal Segura por su suerte colosal de haber salido con todas sus lanas de España. No es poca la suerte que le ha cabido al señor Pedro. En el nuevo paraíso de Hitler, no todos los frailes han de tener tan gran dicha: conservar íntegras las lanas. En cambio, España tendrá al menos una dicha: se verá libre de religionería y de parásitos. Sí: de religionería. Porque vosotros, frailes politiqueros, no sois religión.

VÍCTOR LORZ

El Cristo *ario* del paganismo *nazi*

(Cabeza de *Durero*)

Se lee en *Der Sturmer*, órgano de la sección hitleriana de Nuremberg: "No hay rasgos judíos en esta cara. El genial y perspicaz artista Alberto Durero, le ha puesto al Cristo, correctamente, los rasgos de un héroe de sangre nórdica."

—

Habla un Presbítero irónico?

Ginebra, 23 de enero de 1939.

Señor don
Joaquín García Monge,
Director del *Repertorio Americano*,
San José, Costa Rica.

Señor Director:

Permítame Ud. responder por conducto de su afamada revista a la *encuesta* abierta por la Sra. Emma Pérez en su artículo del 28 de mayo, en el cual se encuentra esta invitación irónica: "Citadme un canto a Franco!"

No es necesario, en mi concepto, ser agustino o monaguillo limeño, según parece insinuarlo el Sr. Francisco Aguilera en su carta publicada por Ud. el 3 de diciembre, para reconocer los servicios prestados a su patria y a la humanidad por el general Franco. Sirva de ejemplo el soneto adjunto, obra de un amigo mío, colombiano y laico, que celebra justamente al héroe de Salamanca como unificador del

pueblo español y como servidor calumniado de la democracia, digno en un todo del homenaje supremo que el cantor le predice.

Quizá no esté de más añadir, como lo hago, al soneto en cuestión las líneas con que su autor lo envió, en sobre cerrado recomendado, al ilustre caudillo con ocasión del Añonuevo de 1938.

Esperando contribuir con este envío a acelerar la realización del *recital* sugerido en buena hora por la escritora cubana, quedo de Ud., señor Director, muy atento y seguro servidor,

JUAN MIGUEL ROJO,
Presbítero

Excelentísimo señor
General don Francisco Franco,
Generalísimo del Ejército Nacional,
Salamanca.

Dígnese Vuestra Excelencia aceptar, en medio del gran clamor de adhesión y entusiasmo que lo rodea, este homenaje espontáneo y convencido que, con ocasión del Añonuevo, dedica un colombiano al salvador de España.

Zurich, 31 de diciembre de 1937.

AL GENERAL FRANCO

Surgir has hecho, artífice inconsciente,
A golpes de traición e injuria extraña,
De un hondo caos de discordia y saña
Un pueblo unido en invencible frente.

¡Obra fecunda! Miserable agente!
Ya ni tú mismo malograr tu hazaña
Podrás. ¡Salvaste a España, y más que a
(España!
¿Que el premio tarda, dices?... ¡Impaciente!

Pálpate, general: ¿no sientes cómo
En tu espalda se arraiga y consolida,
Cobrando realidad hora por hora,

La doble esfera de encendido plomo
Con que la Democracia agradecida
Para la eternidad te condecora?

UN COLOMBIANO

CANSANCIO MENTAL
NEURASTENIA
SURMENAGE
FATIGA GENERAL

son las dolencias que se curan rápidamente con

Kinocola

el medicamento del cual dice el distinguido Doctor Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a tratamientos dirigidos severa y científicamente".

John M. Keith & Co. S. A.

San José. Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co).
Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL ELECTROLUX
Plantas Eléctricas Portátiles ONAN
Frasquería en general (Owens Illinois Glass C.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rnad Inc.)
Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH — **RAMON RAMIREZ A.**
Socio Gerente *Socio Gerente*

Atando cabos

A ver, a ver, atemos cabos. En el semanario *Voz de Madrid*, París, 11 de febrero de 1939, nos hallamos esto:

"*El Adelanto* del 29-1-39 (periódico falangista de Salamanca), hablando de los actos que se han celebrado en Alba de Tormes para celebrar la entrada en Barcelona de las tropas al servicio de la invasión, dice:

> "*A las cinco de la tarde se celebraba un* Tedeum *ante el Santo Sepulcro de Santa Teresa de Jesús. Al salir de orar ante los restos y las veneradas reliquias de la santa ovetense,* principal propulsora de esta gesta heroica *que acaudilla nuestro valeroso general Franco...*"

Nosotros sabíamos que la Santa ovetense había sido un poco trotacalles, fundadora de varios conventos, no muy mogigata y bastante buena escritora; pero lo que no sabíamos es que hubiera sido falangista y guerrera y hasta consejera de Franco".

El otro cabo: Con razón leíamos en *La Tribuna* de esta ciudad, marzo 1 de 1939, que la Falange Española Tradicionalista y de los J.O.N.S. invitaba a una "reunión cultural" (en el Hotel Continental) a los "afiliados españoles y *costarricenses simpatizantes*", en la que el Reverendo Fray Agustín de Lozada, *disertaría sobre Santa Teresa de Jesús*. Fray Lozada... nuestro Capellán", dicen los de la Falange en Costa Rica.

Atense los dos cabos y entréguense los lectores despiertos a las reflexiones del caso. Todo esto ya nos va oliendo a la "España *imperial...*", a la *Hispanidad imperial* en nuestra América, con que desvarían por ahí los facciosos españoles al servicio del fascismo internacional.

Cigarrillos

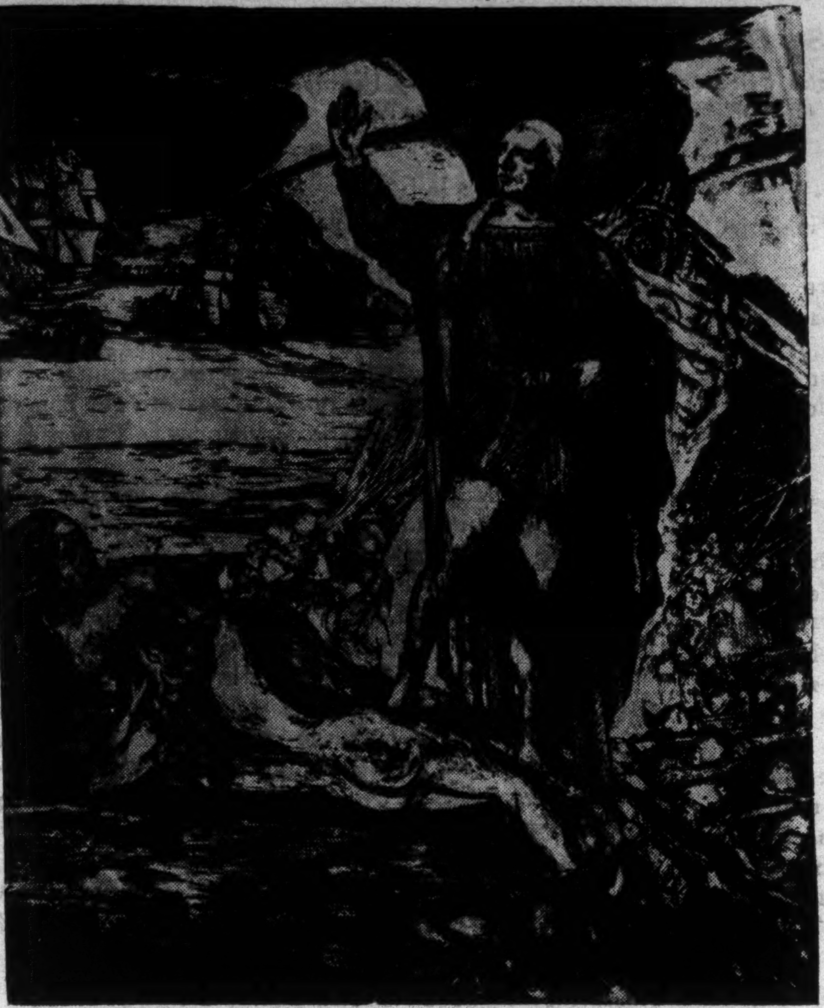
Del *negocio de los cigarrillos norteamericanos* se habla en un artículo del excelente mensuario habanero de cultura contemporánea: *Ultra*, Nº 33, de marzo de 1939. Es de Helen Woodwand y lo traduce de *The Nation*, Nueva York.

Señalamos 3 párrafos importantes:

1.—*Durante varios años los cigarrillos* Camel *han sido anunciados como si fueran una medicina patente. Según sus lemas* "lo levantan a uno", "no quitan el aire", *o se fuman* "para ayudar a la digestión". *La treta ha dado resultados. En* 1936 *la fábrica vendió el* 30% *de los* 163 *mil millones de cigarrillos fumados en los Estados Unidos. Desafío a cualquiera a que me pruebe que un cigarrillo puede facilitar la digestión, excepto, por supuesto, que el cigarrillo que se fuma después de una comida puede mantenerlo a uno quieto y evitar que salga a la carrera sin esperar unos minutos de descanso. Pero "uno se levanta con un Camel". Por supuesto, pero también "se levanta" con cualquier otro cigarrillo. Lo que ocurre es que el primer cigarrillo que Ud. fuma le irrita las glándulas suprarrenales, las que arrojan adrenalina al sistema general y producen el aumento del azúcar en la sangre, circunstancia que le hace a uno sentirse más activo. Cada cigarrillo que sigue tiene menos efecto hasta que se llega a la reacción natural de sentirse pesado como plomo y que proviene de fumar mucho.*

2.—*La campaña contra los dulces, sin embargo, fué la que más ayudó a vender el* Lucky Strike. George Washington Hill, *presidente de la compañía fabricante de esos cigarrillos, vió a una mujer muy gorda que comía dulces y se le ocurrió la idea de la frase* "Coja un Lucky *en vez de un dulce". La ocurrencia no era de las más honradas en competencia comercial, porque el cigarrillo destruye el apetito. La misma reacción química que "levanta a uno" con un* Camel *al aumentar el azúcar de la sangre, hace que disminuya el hambre. Al aumentar el azúcar de la sangre se necesita menos alimento. Muchos hombres y mujeres que están ocupados fuman un cigarrillo a la carrera cuando tienen hambre y no pueden comer, y se satisfacen temporalmente.*

3.—*Y ahora llegamos a un triste desengaño: la idea del glicol dietileno que se le ocurrió a* Philip Morris. *Uno de los problemas difíciles con los cigarrillos es el conservarlos frescos y húmedos. Hasta en la cajetilla mejor cerrada se ponen viejos y se secan. Un cigarrillo, dicho sea de paso, está más húmedo cuando se le comienza a fumar que cuando se termina. La glicerina es el agente que se usa para mantenerlos frescos. Pero la glicerina seca la garganta.* Philip Morris, *con la ayuda de unos químicos, obtuvo un substituto, el glicol dietileno, que al fumar resulta menos seco para la garganta que la glicerina.*



Colón descubre la tierra americana

(Litografía de *G. de Maeztu*)

Cristóbal Colón no puede ser canonizado:

La Congregación de Ritos se opuso a ello, en 1892

La Habana, Febrero 4 de 1939.

Sr. Don Joaquín García Monge.
San José de Costa Rica.

Mi muy estimado amigo:

Le adjunto copia de un artículo publicado por mí en El País, *de esta ciudad, y que trata de la canonización de Cristóbal Colón, idea política que pretende hacer pasar el fachismo romano.*

Mucho le agradeceré lo publique en el querido Repertorio.

Muchas gracias, y mande siempre como guste a su afmo. amigo y compañero leal:

LABRADOR RUIZ

Reina, 108, altos,
La Habana, Cuba

San Cristóbal Colón

HACE unos días en Roma se ha lanzado de nuevo la idea de la canonización de Cristóbal Colón, idea vieja ésta, pero que de tiempo en tiempo asoma la cabeza tímidamente a los fines de servir a una propaganda política, cuyos últimos alcances son comprometedores.

El caso es que de muy atrás la Congregación de Ritos que funciona en el Vaticano dió carpetazo al propósito de hacer un santo del Descubridor de América, por la sencilla razón de que su vida, extraída a la luz de los documentos, nunca fué modelo de sacrificio ni de virtud, y que sobre escasear los elementos que abonen un juicio honorable sobre él, se encuentran por el contrario una serie de pruebas que dejan muy mal parada la personalidad moral de Cristóbal Colón.

En efecto, Colón vino a América en busca de fortuna, esclavos, comercio y poderío. Su hijo Fernando y el Padre de las Casas lo vieron bien; el primero no iba a decirlo; el segundo no pudo. Y ante el silencio de sus dos primeros biógrafos empieza la confusión. Pero he aquí que de súbito aparece un tal Roselly de Lorgues, hombre ingenioso y fantaseador, que lleva la aventura colombina, novelescamente, hacia los extremos del heroísmo cristiano... Hacia 1856 comienza entonces la gran avalancha de peticiones: mil cardenales, arzobispos y obispos; ciento de miles de sacerdotes y millones de católicos de todo el mundo claman porque se haga santo... Llueven los memoriales, las súplicas, los legajos alentadores. Esto dura hasta 1892. Pío IX y León XIII, evidentemente conmovidos, ven con buenos ojos la canonización, pero de pronto la causa se estanca porque la Congregación de Ritos no encuentra las cosas claras. Hay sombras, dudas y un fondo cenagoso que siembra escrúpulos en la serena comunidad. ¿Qué ha pasado? Colón quedó en su sitio.

La leyenda del descubridor

EN "La Verídica Aventura de Cristóbal Colón", Marius André agota el tema: Colón fué un aventurero y nada más. Siempre será uno de los hechos más sorprendentes de la Historia—dice—que esta leyenda haya adquirido tan extraordinario incremento, llegando hasta el cielo sus clamores, precisamente cuando los textos, que en su mayoría habían permanecido inéditos, fueron dados a la imprenta. Bastaba, en efecto, leer atentamente los escritos de Colón—aún los de sus mismos apologistas,—y los documentos oficiales y confrontar los unos con los otros para tener la prueba de que el Descubridor era todo lo contrario de lo que se creía, que alimentaba todos los vicios y defectos opuestos a las virtudes que se le atribuían, que era un mediano marino, un ignorante ebrio de lecturas mal digeridas y que su genio se cifraba en la mentira y en la simulación.

Y cita André como Alejandro de Humboldt halló a su tiempo la verdadera verdad colombina y cómo la opuso a la mala verdad de los corifeos interesados, probando que Colón fué el iniciador de la trata de esclavos, que quiso ser el primero en practicarla mediante el cautiverio de mujeres y niños en provecho del Estado y de sí mismo, y que se entregó a su comercio con crueldad y villanía, a pesar de las órdenes en contrario de la Reina y de su manifiesta repugnancia.

Conviene rechazar aquí—termina André—las afirmaciones de una historia mentirosa cuya responsabilidad remonta el mismo Colón. Se escribió que durante siete años, desde 1485 a 1492, sufrió hambre y desnudez; que durante siete años nunca en todo ese tiempo se halló piloto, ni marinero, ni filósofo, ni de otra ciencia, que todos no dijesen que su empresa era falsa y que nunca halló ayuda de nadie, salvo de Fray Antonio de Marchena. Exagerando, el siglo XIX ha hecho de Colón el tipo acabado del héroe máximo romántico, superior a su época por la altura de su genio, y a causa de este mismo genio, viviendo en la miseria, incomprendido, mofado, insultado por las turbas. Esta leyenda pretende también que Colón, hombre de ciencia y progreso, fué perseguido por unos frailes emboscados en las "tinieblas de la Edad Media" y asustados por sus audacias. La verdad es que no hubo, ni por parte de los religiosos ni por parte de los laicos, persecución, ni ruindad, ni hostilidad testaruda. Hubo exactamente lo contrario. Sus protectores fueron frailes tan sabios como piadosos, al lado de los cuales él era un pobre ignorante

La idea política

¿HACE falta en realidad un santo nuevo? ¿Lo precisa la Cristiandad? ¿O es justo santificar a Colón, como el mensajero de la fe de Jesús en el Nuevo Mundo? No... Nada de eso. El Vaticano no tiene que ver con nada de eso. Se trata sencillamente de una maniobra política: Italia quiere de todos modos *nacionalizar definitivamente* al Descubridor; borrar las huellas de la duda en cuanto a que fuera pontevedrés, o salmantino, o portugués, u otra cosa cualquiera; que sea italiano nada más. Y aquél que nunca hizo una línea en italiano, ni una referencia a su país, aunque se dijo alguna vez *hombre ligur;* aquél que tenía sus secretos de creencia, nunca se podrá saber si Colón era judío o cristiano viejo; aquél, en fin, que fué el arquetipo del aventurero de su tiempo, va a entrar ahora por la puerta grande del santoral católico de la mano de una política de penetración, a todas vistas reprobable.

Mussolini se entusiasma con la idea de ofrecer al Mundo un San Cristóbal Colón, un falso Colón, un adulterado y mixtificado Colón italiano para los altares de la raza latina. No importa. Nadie creerá eso nunca: se le ven las mataduras al pobre muy a lo vivo...

Y por otra parte, falta saber si la Congregación de Ritos ha de admitir la vieja montaña de contradicciones, de turbiedades, de feas cosas que pueblan su vida; agobiador proceso que le hizo dudar por 36 años consecutivos y que ahora se resucita muy ufanamente, no inducido por errores fortuitos, sino por astutas combinaciones de gabinete.

ENRIQUE LABRADOR RUIZ

Dos poetas nuevos de Colombia

= De *El Libro de los Poetas*. Selección y Notas de *Darío Achury Valenzuela*. Ediciones *Antena*. Bogotá. 1937. Envío del Dr. *Plinio Mendoza Neira*. =

Arturo Camacho Ramírez

El mundo poético de Arturo Camacho Ramírez está definido en toda la rosa de los límites por los telones murales del *Yo*. Mundo individual que no trasciende, que se queda temblando dentro de su propia intimidad. No importa que la esencia quede reprimida dentro del alma de la redoma, si por los poros se filtra el aroma que sube del mundo íntimo. El poeta libra su batalla, corazón adentro, pero de la lucha llegan hasta nosotros gritos que el dolor y el júbilo arrancan a la garganta de su canto.

Arturo Camacho Ramírez es poeta ciento por ciento. No razona, carece de lógica, no piensa dentro del verso. ¿Para qué? Tan distante está de la poesía algebraica de Valery como de la poesía pura de Mallarmé. Está más cerca a Lamartine y a Hugo, aunque con balbuceo distinto y una expresión menos fabulosa. Es de la estirpe de Barba Jacob, abuelo cordial y risueño de nuestro poesía suramericana. Su motivo es él —Caracolí sin Flor—, o la niña sin sombra, o el viento Capitán, o el incumplido deseo de iniciar un olvido. El tema mínimo se aclara y cobra inesperado valor al ascender por la arteria de sus cánticos. Sabe quebrar la palabra para que, al recomponerla, se tiña de un nuevo sentido poético. Sabe dislocar un verso, abriéndole cesuras musicales, para hacer una frase melódica. En sus poemas se conjuntan las dos músicas: la interior y la formal, la que es esencial al poema y la auditiva. No malabariza como León de Greiff con palabras buscadas fatigosamente en la esquiva cantera de olvidados cantares. No juglariza. No canta. Habla. Y recordemos a Juan Ramón Jiménez: "escribo como mi madre hablaba."

Anotamos influencias en la poesía de Camacho Ramírez: García Lorca, algo del Guillén de *Cánticos* y mucho de Alberti, con sus ángeles helados y sus vasares mágicos, estridulados de luz y sombra. La influencia, sin embargo, ha sido canalizada dentro de una sensibilidad fina, buida, y prodigiosa. Modificada, se embellece y fluye como agua natural por el arcaduz del verso.

Nació Arturo Camacho Ramírez en Ibagué (Tolima) en el año de gracia de 1910. Publicó en 1935 un libro de poemas: *Espejo de Naufragios*. No ha intervenido en la política, fiel a su misión de poeta.

NIÑA DEL PUERTO Y EL MAR

Eres la capitana de tus propios cabellos,
niña del puerto, suave gaviota desvelada,
—curva dulce de barco, piel de tinte lejano—
que vas rigiendo el viento sobre la pista de agua.

Un tango que se escurre sobre la onda en viaje,
niña del puerto, cantas con voz ensangrentada.
Toda tú estás bañada de amor y de silencio
como las amapolas, los dioses y las lágrimas.

Te acodas en el puente de este barco extranjero
para escuchar, sonriendo, mi voz mediterránea;
mientras tú dices sílabas que son como la espuma,
a distancia y olvido te suenan mis palabras.

Niña del mar, imagen perfecta de la ola
cristalizada en aire, silueta de oro y brisa;
el mástil de tu cuerpo sostiene mi destierro,
la playa es más humana cuando tú la transitas.

Estos vientos sin patria que vienen de levante
marcan de sal y iodo tu carne agrimorena.
Mapa de mis deseos que enredas en mis brazos
tus caminos a todas las distancias eternas.

Estar contigo es irse más allá de la muerte.
Tu boca es en el beso naufragio y salvavidas.
¿A qué abismo me lanzas como un pez azorado
y me recoges luego con tu red infinita?

Cuadrante que divides la aurora y el crepúsculo,
aguja que señala nortes definitivos:
dime ahora de qué estrella se nutre tu mirada
para saber qué sitio del horizonte es mío.

¿No sientes en tu sangre mi amor que se ha varado,
clavando en tus entrañas el ancla de mi grito?

ARTURO CAMACHO RAMÍREZ

Jorge Artel

Jorge Artel con su gaita, su bongo y sus maracas tiene puesto de honor en este convite de 12 poetas, al lado de su musa de ébano. Poeta desde la cabeza ensortijada hasta el calcañar forrado en piel de caramelo, Artel ha transfundido en las tubuladoras del verso la vida mulata de sus ancestros, los cumbiamberos. Cimbra una música de tambores morenos, de berlingas, de cofas, de veleros, de guitarras oscuras a través de los poemas de color del poeta cartagenero que han sido creados para que los cantara el ebanita desde un mástil. Tienen el rubio sabor del rón costeño y del aguardiente de caña. Parece que un viento marino sacudiera de la palmera del canto senos, caderas, grupas y hombros redondos que quedan vibrando en un aire de betún y brea, con un paisaje de acordeones en la distancia.

Artel le ha abierto las esclusas al alma para dejar que el canto hondo se riegue en libertad. Su musa negra no ha sido regada por la fecundidad oprobiosa del blanco. No hay mancha mestiza en toda su negrura solemne. Se ha salvado de la influencia poética de las escuelas europeas. Artel es vanguardista, sin necesidad de estar matriculado en los *ismos* ni en algún nocturno curso de psicoanálisis literario. Su poesía le ha impuesto un ritmo, una rima, una prosodia y un metro inconfundibles. Musicalmente toda su poesía es bullerengue y tamborito y sentimentalmente el recuerdo de la raza oscura trasfundida en sus riñones cabríos, a través del látigo, del cerrojo, del canto y de la danza.

Nació Jorge Artel el 27 de abril de 1909, en Cartagena. Ha fundado y dirigido varios semanarios y revistas de vida efímera. Su mayor actividad ha sido el periodismo. Es estudiante de Derecho y Ciencias Sociales. Pronto publicará un libro de poemas porteños bajo el título de *Tambores de la Noche*. Juicios críticos sobre su poética los de: Víctor Aragón, Juan Roca Lemus, Carlos Vesga Duarte y Arturo Regueros Peralta.

LA CUMBIA

Hay un llanto de gaitas
diluido en la noche.
Y la noche, metida en rón costeño,
bate sus alas frías
sobre la playa en penumbra,
que estremece el rumor de los vientos porteños.

Amalgama de sombras y de luces de esperma,
la cumbia frenética,
la diabólica cumbia,
pone a cabalgar su ritmo oscuro
sobre las caderas ágiles
de las sensuales hembras.

Y la tierra,
como una axila cálida de negra,
su agrio vaho levanta, denso de temblor,
bajo los pies furiosos
que amasan golpes de tambor.

El humano anillo apretado
es un cartusel de carne y hueso,
confuso de gritos ebrios
y sudor de marineros,
de mujeres que saben a la tibia brea del puerto,
al yodo fresco del mar
y al hálito de los astilleros.

Se mueve como una sierpe
sonora de cascabeles,
al compás de los chasquidos
que las maracas alegres
salpican sobre las horas
desmelenadas de ruidos.

Es un dragón enroscado
brotado de cien cabezas,
que muerde su propia cola
con sus fauces gigantescas.

Cumbia! —danza negra, danza de mi tierra!—
Toda una raza grita
en esos gestos eléctricos,
por la contorsionada pirueta
de los muslos epilépticos!

Trota una añoranza de selva
y de hogueras encendidas
que trae de los tiempos muertos
un coro de voces vivas.

Late un recuerdo aborigen,
una africana aspereza,
sobre el cuero curtido donde los tamborileros,
—sonámbulos dioses nuevos que repican alegría—
aprendieron a hacer el trueno con sus manos nudosas,
todopoderosas para la algarabía.

Cumbia!... Mis abuelos bailaron
la música sensual. Viejos vagabundos
que eran negros, terror de pendencieros
y de cumbiamberos
en otras cumbias lejanas,
a la orilla del mar...

JORGE ARTEL

Erase una vez...

(*Viene de la página final*)

Trató otra vez de arrastrarse fuera para buscar algunas hojas y raíces con qué apaciguar su hambre canina. Dirigióse a una pradera que había sido quemada hacía poco tiempo y que no estaba lejos del mar. Por uno de sus lados tenía un escarpado cantil; por el otro, una profunda garganta.

Al llegar a ella, vió la vieja una porción de peces en el torrente de su fondo, que querían nadar hacia el mar. El fuerte calor estival había secado el arroyo casi por completo, y los peces estaban clavados en el fango y no podían salir. Si llegaban a quedarse en seco, morirían necesariamente.

Cuando esto vió la vieja, se sintió muy animosa y contenta, y se dijo:

—¡Oh! ¡Qué alegría, qué alegría! Vaya un hallazgo. Todos estos peces me servirán de alimento, y los que no me coma, los cambiaré por arroz.

Pero aun se asombró más cuando vió un pez mayor que los otros y que nadaba delante de todos. Tenía que ser el rey. También sabía hablar, porque dijo:

—¡Alah! ¡Oh, Alah! Te suplicamos que nos mandes lluvia. ¡Oh, por favor, ten la bondad de mandarnos lluvia!

Y miraba al cielo al decirlo. La vieja sintió curiosidad cuando oyó que el paz hablaba de aquel modo; quiso saber lo que ocurría. Y al cabo de media hora sobrevino realmente un fuerte aguacero que en pocos momentos llenó de agua el arroyo de la garganta. Entonces los peces pudieron marcharse a nado. Hiciéronlo con la mayor rapidez, pero la vieja se helaba, empapada en agua, y tuvo que regresar con las manos vacías. Entonces reflexionó sobre el extraño acontecimiento, y se dijo:

—También yo debería ensayar una vez eso, e implorar a ese señor, a quien llaman Alah, que quizá atenderá mis ruegos. Mas tengo que pedir algo distinto de lo que pidió el pez, porque lo que yo necesito es dinero.

Dicho y hecho. Se hincó de rodillas, alzó los ojos al cielo, y dijo imitando al pez:

—¡Alah! ¡Oh, Alah! Te suplicó que me mandes dinero. ¡Oh, por favor, ten la bondad de mandarme dinero!

Hizo esto todos los días; creía que con ello daba más fuerza a su plegaria, y no prestaba atención a las otras cosas.

El hombre contra cuya casa estaba apoyada su choza, se irritó con sus rezos. Le molestaba de modo indecible, y le aburría sobremanera oír todos los días, y sin interrupción, las mismas palabras. La reprendió severamente, y le dijo furioso:

—Cállate, por fin, con eso; no puedo ya aguantarte; procura decir otras cosas. Es difícil que Alah venga junto a ti y te regale dinero. Mejor harías en ir al bosque para traer leña, hojas y corteza, de lo que sacarías más provecho. Y si no quieres oír mis advertencias, lárgate de aquí y arrima tu miserable choza a otra vivienda.

La vieja no hizo caso de este sermón, y siguió en adelante pidiéndole a Alah dinero.

Al cabo de cinco días, irritóse de tal modo el vecino con su terquedad y desobediencia, que quiso jugarle una mala pasada.

Reunió cacharros rotos, desperdicios, basura y toda clase de inmundicias, las machacó finamente y las metió en un saco. Quería tirárselo a la vieja. Creería que Alah le enviaba dinero. El saco le caería sobre las costillas y le quitaría de una vez para siempre el gusto de seguir orando.

Cuando dormía la vieja, el hombre arrastró el saco hasta el tejado de su casa, y desde allí lo arrojó sobre la vieja. La pobre abuelita se desmayó de dolor y de espanto.

Cuando recobró el sentido y vió el saco tirado en el suelo, se alegró profundamente y pensó que Alah se lo enviaba lleno de dinero. El señor de la casa la acechaba, y se reía al ver cómo iba bamboleándose de un lado a otro a su pobre cabañita, ebria de alegría. Celebraba ya anticipadamente la cara de desengaño que había de poner y la vergüenza que sentiría al ver que en el saco no había más que cacharros rotos, basura y porquería.

Mas la mujer adoraba el saco como a un auténtico don de Alah y decía:

—Muchas gracias, Alah. ¡Oh, que gran cantidad de dinero me has regalado! ¿No te habrás quedado sin nada para ti?

Abrió después el saco, y ¡bendito y alabado sea el sublime nombre de Alah!, todos los cacharros y las otras cosas se habían convertido por su voluntad en dinero. En oro y plata, acuñados en relucientes monedas.

Al día siguiente la visitaron los vecinos y las vecinas. Se quedaron muy asombrados de que la vieja se hubiera hecho tan rica en una sola noche y mediante aquella mala pasada. Hasta vino en su busca el emisario del príncipe, que hizo que le refiriera su maravillosa historia, y que después, con todo detalle, dió cuenta de ella en la capital.

Juzgóse entonces más razonable que la vieja no siguiera viviendo en la aldea, donde era fácil que alguien pudiera robarle su dinero. Le compraron una casa y la alhajaron con todo lo conveniente. De repente la vieja, que se había hecho rica en una noche, fué simpática a todos, y todos le tomaron cariño; pero ella siguió siendo modesta y se mostraba afable con todo el mundo. Adquirió muchos amigos, pues ayudaba a los pobres y oprimidos. Recordaba siempre los tiempos en que ella misma había sido pobre y necesitada y nadie había querido protegerla.

Mas su vecino, el que había dejado caer sobre ella el saco de desperdicios, fué poseído de un frenético afán de dinero, después que hubo visto lo rica que se había hecho la vieja. Quería que le ocurriese a él lo mismo. Dirigióse, pues, a la vieja y quiso convencerla de que debía llenar un saco con aquellas mismas basuras y dejarlo caer sobre él. Le dijo:

—Abuelita, en realidad todo ese dinero se originó en los cacharros rotos que yo había metido en el saco para darte una broma, pues yo estaba enojado de que todos los días pidieras dinero a Alah, cuyo nombre sea alabado. Los desperdicios se convirtieron en dinero por pura casualidad. Por eso te ruego que llenes un saco con esos restos y lo arrojes sobre mí. Seguramente que también se convertirán en dinero. Aunque, bien pensado, mejor será que me arrojes dos sacos, para que todavía sea más rico que tú.

La vieja respondió:

—Muy bien, con mucho gusto. Vete a tu casa y ora como yo lo había hecho antes.

El hombre se fué a su casa y oró exactamente como se lo había dicho la mujer:

—¡Alah! ¡Oh! ¡Alah! Te suplico que me mandes dinero. ¡Oh, por favor, ten la bondad de mandarme dinero!

Al hacerlo sólo pensaba en lo rico y lo distinguido que sería, en el alto rango que podía ocupar cuando recibiera de Alah los dos sacos llenos de dinero.

Al cabo de cinco días lo visitó la vieja y todavía lo encontró sumido en sus plegarias. Había llevado consigo dos sacos llenos de cacharros rotos pulverizados, que subió al tejado, y ella misma los arrojó desde allí sobre los lomos de su vecino.

Cayó sin sentido el hombre, y cuando lo recobró notó que tenía una costilla rota. Entonces hizo llamar a toda prisa a su mujer para que le trajera incienso. El saco fué sahumado, y cuando estuvo hecho, oró en estos términos:

—¡Alah! ¡Oh! ¡Alah! Muchas gracias. ¡Cuánto dinero me has regalado! ¿No te habrás quedado sin nada para ti?

Después abrió el saco, pero en él no había más que cacharros finamente pulverizados.

El hombre se puso fuera de sí de cólera y furor. Mugía y se lamentaba de su desengaño. Al cabo, hasta llegó a blasfemar de Alah.

—Vamos, Alah. ¿Con que este es el modo que tienes de elegir a tus favoritos? ¿Repartes así tu dinero? ¿Por qué no pertenezco yo al número de los favorecidos? ¿O es que hoy hay otro Alah? ¿Ya no existe el Alah antiguo? Aquel sabía hacer dinero con cacharros y tú no puedes hacerlo.

Entonces el réprobo se puso gravemente enfermo y sufrió muchos dolores y penas. Lo trataron muchos médicos. Por último sanó, por merced de Alah, pero quedó jorobado. Su espalda se corcovó, de modo que ya no pudo trabajar como antes ni ganar su sustento. Se hizo pobre, cada vez más pobre; tanto como lo había sido la infeliz mujer. La miseria que antes la atormentaba a ella se había pasado a él.

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: $ 3.50
EL AÑO: $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York

Erase una vez...
(Rincón de los niños)

* * * * * * * * * * * * * * * * * * * *

El gallito de cresta de oro

═ De *Cuentos populares rusos*. Espasa. Calpe-Madrid. Selección y envío de *V. Y.* ═

Un viejo matrimonio era tan pobre que con gran frecuencia no tenía ni un mendrugo de pan que llevarse a la boca.

Un día se fueron al bosque a recoger bellotas y traerlas a casa para tener con qué satisfacer su hambre.

Mientras comían, a la anciana se le cayó una bellota a la cueva de la cabaña; la bellota germinó y poco tiempo después asomaba una ramita por entre las tablas del suelo. La mujer lo notó y dijo a su marido:

—Oye, es menester que quites una tabla del piso para que la encina pueda seguir creciendo y, cuando sea grande, tengamos bellotas en casa sin necesidad de ir a buscarlas al bosque.

El anciano hizo un agujero en las tablas del suelo y el árbol siguió creciendo rápidamente hasta que llegó al techo. Entonces el viejo quitó el tejado y la encina siguió creciendo, creciendo, hasta que llegó al mismísimo cielo.

Habiéndose acabado las bellotas que habían traído del bosque, el anciano cogió un saco y empezó a subir por la encina; tanto subió que al fin se encontró en el cielo. Llevaba ya un rato paseándose por allí cuando percibió un gallito de cresta de oro, al lado del cual se hallaban unas pequeñas muelas de molino.

Sin pararse a pensar más, el anciano cogió el gallo y las muelas y bajó por la encina a su cabaña. Una vez allí, dijo a su mujer:

—¡Oye, mi vieja! ¿Qué podríamos comer?

—Espera—le contestó ésta—; voy a ver cómo trabajan estas muelas.

Las cogió y se puso a hacer como que molía, y en el acto empezaron a salir flanes y pasteles en tal abundancia que no tenía tiempo de recogerlos. Los ancianos se pusieron muy contentos, y cenaron suculentamente.

Un día pasaba por allí un noble y entró en la cabaña.

—Buenos viejos, ¿no podríais darme algo de comer?

—¿Qué quieres que te demos? ¿Quieres flanes y pasteles?—le dijo la anciana.

Y tomando las muelas se puso a moler, y en seguida salieron en montón flanes y pastelillos.

El noble los comió y propuso a la mujer:

—Véndeme, abuelita, las muelas.

—No—le contestó ésta—; eso no puede ser

Entonces el noble, envidioso del bien ajeno, le robó las muelas y se marchó.

Apenas los ancianos notaron el robo se entristecieron mucho y empezaron a lamentarse.

—Esperad—les dijo el gallito de Cresta de Oro—; volaré tras él y lo alcanzaré.

Echó a volar, llegó al palacio del noble, se sentó encima de la puerta y cantó desde allí:

—¡Quiquiriquí! ¡Señor! ¡Señor! ¡Devuélvenos las muelas de oro que nos robaste!

En cuanto oyó el noble el canto del gallo ordenó a sus servidores:

—¡Muchachos! ¡Coged ese gallo y tiradlo al pozo!

Los criados cogieron el gallito y lo echaron al pozo; dentro de éste se le oyó decir:

—¡Pico, pico, bebe agua!

Y poco a poco se bebió toda el agua del pozo. Enseguida voló otra vez al palacio del noble, se posó en el balcón y empezó a cantar.

—¡Quiquiriquí! ¡Señor! ¡Señor! ¡Devuélvenos las muelas de oro que nos robaste!

El noble, enfadado, ordenó al cocinero que metiese el gallo en el horno. Cogieron el gallito y lo echaron al horno encendido; pero una vez allí, empezó a decir:

—¡Pico, pico, vierte agua!

Y con el agua que vertió apagó toda la lumbre del horno.

Otra vez echó a volar, entró en el palacio del noble y cantó por tercera vez:

—¡Quiquiriquí! ¡Señor! ¡Señor! ¡Devuélvenos las muelas de oro que nos robaste!

En aquel momento se encontraba el noble celebrando una fiesta con sus amigos, y éstos, al oír lo que cantaba el gallo, se precipitaron asustados fuera de la casa. El noble corrió tras ellos para tranquilizarlos y hacerlos volver, y el Gallito de Cresta de Oro, aprovechando este momento en que quedó solo, cogió las muelas y se fué volando con ellas a la cabaña del anciano matrimonio, que se puso contentísimo y vivió en adelante muy feliz, sin que, gracias a las muelas, le faltase nunca qué comer.

AFANASIEV

Huyendo del bombardeo aéreo

—Madre: ¿Por qué nos hacen marchar?
—Por miedo civilización fascista.

Por *Bagaría.*

La pobre vieja y el pez en seco

═ De *Cuentos malayos*. Revista de Occidente. Madrid. Selección y envío de *V. Y.* ═

Una vez era una mujer, vieja y menesterosa, que vivía en la mayor miseria, y sus vestidos estaban tan rotos y deshechos, que apenas cubrían su desnudez. Sólo podía comer y beber una vez al día, y con mucha frecuencia le ocurría no tener qué. Y así solía pasar hambre uno o dos días, y sólo agua podía beber. Hacía ya mucho tiempo que no estaba en situación de participar en la recolección del arroz. Además, no la recibían allí con gusto, pues como era vieja ya, no podía trabajar con bastante rapidez.

Así, pues, vivía solamente de lo que recogía en los campos o en los jardines de bambú, y lo que así obtenía lo cambiaba en casa de sus vecinos por arroz crudo, cocido o secado al sol.

Su casa era sólo un miserable chozo apoyado contra la casa de su vecino. El agua rezumaba por el techo y las paredes, pues nadie quería ayudarla a repararlo, y no tenía nadie que pudiera valerle: ninguna familia, ni hijos, ni nietos. Vivía completamente sola y entregada a sí misma.

Aunque la mujer era ya tan vieja y sus cabellos se habían vuelto blancos, aún no sabía nada acerca de Alah; no procedía en nada según su ley; no lo reverenciaba, y creía que el cielo y la tierra se habían originado por sí mismos. Cierta vez hacía ya dos días que no tenía nada qué comer, ni tampoco nada que pudiera cambiar por arroz. Estaba tristemente sentada dentro de su choza, y sollozaba:

—¡Oh! ¡Qué desdichada suerte la mía! Voy a morirme de hambre.

(Pasa a la página anterior)